

BIKARAKAN



*La Biblioteca Fosca*

*N°1*

## Índice

Editorial..... 3 <i>Por Juan Ángel Laguna Edroso</i>	Víctoria pírrica.....38 <i>Por Manuel Mije</i>
Del Nautilus a la Perla Negra: A la caza del Kraken desde la butaca.....4 <i>Por Ángel Luis Sucasas Fernández</i>	El kraken que anidaba en mis cómics de aventuras.....39 <i>Por Juan Ángel Laguna Edroso</i>
El viejo y el mar. Y el extraño. Y el Kraken...7 <i>Por Pedro Escudero</i>	Con esas cosas no se juega.....42 <i>Por Ángel Vela "palabras"</i>
La llamada de Cthulhu.....15, 19, 24, <i>Por Gerard P. Cortés</i> 28, 37, 41 y 64	Aviso a navegantes: Kraken acecha.....48 <i>Por Juan Ángel Laguna Edroso</i>
Pyaray, el horror tentacular que murmura los secretos imposibles.....16 <i>Por Juan Ángel Laguna Edroso</i>	El kraken.....49 <i>Por Miguel Puente</i>
Día marcado.....17 <i>Por J.Javier Arnau</i>	El Kraken: ¿leyenda, realidad oculta, o alucinación psicotrópica?.....50 <i>Por Manuel Mije</i>
El espectro blanco del capítulo cincuenta y nueve.....18 <i>Por Daniel Pérez Navarro</i>	El habitante de la gruta.....54 <i>Por Juan Ángel Laguna Edroso</i>
Howie.....20 <i>Por Santiago Eximeno</i>	Digresión sobre... pulpos, eledones y otros octópodos.....55 <i>Por ejc</i>
Cómo escapar del horror tentacular del kraken literario en ocho apéndices.....25 <i>Por Juan Ángel Laguna Edroso</i>	Tensión.....57 <i>Por J. Javier Arnau</i>
Ojos de mar.....26 <i>Por Julián Sancha Vázquez</i>	Amores extraños: informe preliminar.....58 <i>Por Daniel Pérez Navarro</i>
El kraken en los videojuegos.....27 <i>Por Vander Fujisaki</i>	El último viaje del Viejolobo.....62 <i>Por Juan Ángel Laguna Edroso</i>
El gigante del abismo.....29 <i>Por Alexis Brito Delgado</i>	El kraken insospechado.....63 <i>Por Juan Ángel Laguna Edroso</i>
El monstruo marino por excelencia, olvidado por el cine.....37 <i>Por Myriam Rivas Reyes</i>	<i>Portada por Gerard P. Cortés</i>

La biblioteca fosca  
n° 1

5 de mayo del año 2008

ISSN 1988-835X

Por El Círculo de Escritores Errantes

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Para cualquier duda, colaboración o sugerencia, escribid a [topo@abadiaespectral.com](mailto:topo@abadiaespectral.com)  
[www.abadiaespectral.com/labibliotecafosca](http://www.abadiaespectral.com/labibliotecafosca)

## Editorial

Hace algunos meses salía con mi suegro del teatro del Odéon, de ver una adaptación del clásico inmortal de Herman Melville “Moby Dick” a cuenta de Federico Bellini, y, aprovechando el encanto mágico de los paseos nocturnos por París, divagábamos sobre la obra original y algunos aspectos que nos había sugerido su reinterpretación teatral. Ésta incidía especialmente en el aparejo religioso que se trasluce en la novela, sobre todo en su comienzo, antes de que el Pequod zarpe, y sin duda daba un aura mística y metafísica bastante peculiar al relato. No es de extrañar que nos hiciera pensar en las expresiones cuasi supersticiosas que abundan en las zonas costeras, especialmente en las más crueles.

A mí, en concreto, me venían a la mente las capillas de los gremios marineros, las historias sobre jonases, los recuerdos por los que fueron engullidos por el mar, las tumbas vacías, las muestras de luto, y un pensamiento cuajaba con fuerza en mi mente: cuando el mar arrebatara vidas, esa pérdida lleva implícita una crueldad adicional en muchas ocasiones, la de privar a las familias y los allegados de un cuerpo al que dar sepultura, de un amarre al que unir su pena. Un pensamiento de gentes de secano, sin duda, pero que creo que nos puso sobre la pista de lo que significa el kraken.

El mar sigue siendo implacable, aun cuando ahora lo capeemos con más acierto que antaño, y no cuesta imaginarse cuán terrible debió ser en el amanecer de los tiempos. Sí, podemos decir que hay un mar misterioso, al que nos está vetado el acceso y del que extraemos retazos con perseverancia: qué peces viven en un sitio, qué simas se adivinan, qué moluscos reptan por su superficie... Y, bajo éste, existe otro mar todavía más profundo, el mar ignoto, donde todavía no ha hollado el hombre. Ése es el reino del que el kraken es soberano, no como un ser físico, sino como una sombra que nos recuerda que la humanidad todavía no ha franqueado todas las fronteras.

A lo largo de los siglos, el kraken ha ido adquiriendo distintos rostros hasta llegar a sus dos vertientes modernas más conocidas. La primera, popular principalmente durante la Edad Media, la de la isla monstruosa que desaparece bajo los pies de los osados marineros que intentan domeñarla, tiene su origen, dicen, en las ballenas, esos enormes cetáceos que tan majestuosos y terribles debían parecer frente a los esquifes de la época; la segunda, que con más fuerza ha llegado a nuestros días, la del pulpo o el calamar gigante, la de esa criatura tan monstruosa como letal, capaz de arrojar nada menos que un manto de sombras para engullir a su adversario con su pico valiéndose de una mortal presa de sus tentáculos, nacería quizás de los titánicos cadáveres que a veces afloran a las playas empequeñeciendo cualquier trofeo de pesca. Dos rostros que como el mar misterioso apenas sirven de reflejo del mar ignoto que se esconde bajo la ya sugerente antesala de las profundidades.

El kraken es, como la mayoría de nuestros monstruos, una mancha oscura en el fondo de nuestra realidad, una puerta al mundo abisal del que no se puede volver. Quizás lo más terrible del kraken sea que ese abismo se vislumbra desde nuestro lado sin ningún problema, y que esa cercanía, lejos de tranquilizarnos, resulta, precisamente, el mayor horror de la criatura: que aguarda al alcance de la mano.

Juan Ángel Laguna Edroso

## Del Nautilus a La perla Negra: A la caza del Kraken desde la butaca

Comprobamos el equipo: ¿gafas de buceo?, listo; ¿traje impermeable?, listo; ¿botella de oxígeno?, muy listo; ¿linterna subacuática?, listo; ¿pilas subacuáticas?, eh... listo; ¿arpón?, listo. Aunque teniendo en cuenta cuál es nuestra presa, más nos valdría un buen bazooka sumergible, como los relojes Casio. O un submarino ruso con ojivas nucleares; total, les están cogiendo óxido...

Saltamos al agua (¡¡BRRR, qué fría!!) y comenzamos a sumergirnos en el turbulento flujo de la historia cinematográfica. 2000, 1990, 1980... Buscamos tentáculos; ventosas del tamaño de platillos volantes y grandes cabezas abombadas bombeando agua como un corazón gigantesco y dotado de ojos bulbosos y fríos. La luz del sol se va apagando y la calidez azulada del océano ha dejado su lugar a una oscuridad impenetrable, cavernosa; sospechamos que hemos llegado a la boca del lobo o, al menos, del calamar. 1907, nuestra primera parada. Espero que no la última.

Como buenos novatos, lo mejor es preguntar a los cazadores experimentados sobre la bestia y, desde luego, por muy bien que nos caiga Jack Sparrow, uno no puede dejar de confiar en la mirada acera y los hoscos ademanes de este señor Barbudo y de rostro pálido que se hace llamar el capitán Nemo. Charlando con él en la peculiar sala de máquinas de su famoso submarino —pistones de metal dorado, calderas que expelen llamaradas multicolor con cada paletada arrojada a sus entrañas por unos curiosos hombrecillos de cabellos azules y cientos de diales y giróscopos tomando una y mil lecturas sobre presión y temperatura—, el “Nautilus”, el rudo capitán nos cuenta que sus cacerías en la gran pantalla comenzaron a principios del siglo XX, unas décadas después de hacer su primera aparición en la letra impresa.

“20000 lieues sous les mers” (1917) es el título de la primera adaptación llevada a cabo por el celuloide de las hazañas del Nautilus y su tripulación a la caza del gigantesco calamar que anida en las profundidades oceánicas. Su director, un grande, George Méliès, uno de los padres del cine entendido como espectáculo de cultura popular que encontró en escritores como Verne el reflejo, en blanco y negro, de sus inquietudes como artista. Pero no es el único ejemplo de la etapa silente del cine. Nueve años después, esta vez ya en tierras norteamericanas, Stuart Paton dirigía la segunda versión del clásico. En esta ocasión, gracias a los hallazgos tecnológicos de George M. Williamson y J. Ernest Williamson, consiguieron simular, mediante el uso de tubos y espejos, el efecto visual de filmar bajo el agua. Pero tenemos que ascender unas cuantas décadas en nuestra inmersión para encontrarnos con la versión definitiva, al menos por su importancia histórica, de Nemo y su Nautilus. El capitán se lleva las manos a la boca y, formando un altavoz con sus palmas, grita a pleno pulmón: ASCENSIÓN.

Estamos en 1954. Por el camino, Búster Keaton ha jugado a ser Nemo en “Veinte Mil leguas de Chistes submarinos” (“The Navigator”, 1924), Flash Gordon ha combatido en una ocasión a nuestro querido calamar —concretamente, durante el cuarto episodio de la serie, “Batling the sea best” (1936) e incluso John Wayne se las ha tenido que ver con estos cefalópodos submarinos en “La bruja roja” (“Wake of the Red Witch, 1941). Justo dos años antes de nuestro destino, Nemo decidió darse un garbeo en las 640 líneas protagonizando una adaptación de la historia en dos partes para la antología de episodios de ciencia ficción “Tales of Tomorrow” (1952). Pero, como ya hemos dicho, estamos en el 54 y el señor Walt Disney llama a nuestra puerta; un poco remojado, la verdad.

Richard Fleischer a los mandos del batiscafo y Kirk Douglas y James Mason como primeros al mando, fueron los encargados de realizar la versión más célebre de la más famosa caza del calamar que el mundo del hombre ha contemplado. El carismático Nemo interpretado por Mason ha pasado a la historia como la encarnación más icónica del personaje y la película en sí ha superado la prueba del tiempo, afirmándose como una de las aventuras mejor trenzadas del cine clásico.

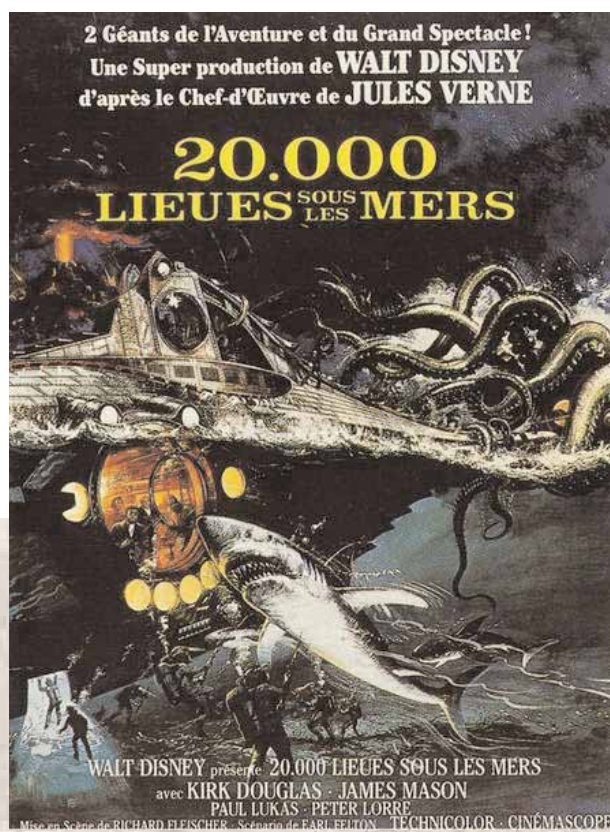
Pero no tenemos tiempo para seguir con el señor Nemo y su calamar y, aunque el viaje en su compañía ha sido muy agradable, sabemos que nuestro monstruo ha vestido más hechuras que los tentáculos y las ventosas. Como buen marino que es Nemo nos regala una brújula para orientar nuestro rumbo, Casio, por supuesto, sumergible, con esfera de titanio y más utensilios que una navaja suiza. Aunque poco vamos a hacer con ella como el señor mil brazos se presente. Tendríamos que haber nos traído los misiles nucleares...

Es el momento de hablar de “Furia de Titanes” (“Clash of The Titans”, 1981) y aquí me van a permitir una lagrimita sentimental como recuerdo de una infancia ya lejana. Antes, repasemos lo que nos hemos dejado en el tintero en este rápido ascenso hacia la luz solar; por cierto, esa sombra no parecía una ballena...

Del cincuenta y tantos al ochenta y tantos tenemos una buena colección de títulos que aprovechan la ola del cine de Serie B para representarnos las más curiosas y

variopintas amenazas oceánicas. Entre las más simpáticas y absurdas se encuentra el enésimo combate de Godzilla en “King Kong contra Godzilla” (“King Kong vs Godzilla”, 1963). El pulpo en cuestión, llamado Oodako, dime cómo te llamas y te diré de donde eres, concibe y ejecuta un plan tan sencillo como maléfico: atacar una región de pobres nativos y, de paso, atracarse con ellos. Pero como esto de ser monstruo está complicado —si no me creen, pásense por la cola del INEM y verán lo que les digo; de Drácula para arriba anda la cosa— King Kong decide que nadie va a arrebatárle el puesto de rey devorahombres y decide que una racioncita de pulpo a la gallega que podría alimentar a mundo y medio es un aperitivo más que razonable; claro que después se le atragantará la lagartija (uno puede ver la competencia entre países de la forma más grosera pero nítida observando la ficción que ambos producen; mecanismo divino para idiotizar a las masas y que hagan lo que tú quieras; si no me creen, pregúntenle a un tal Orwell o, mejor aún, léanse su libro).

Terminando con nuestro repaso de curiosidades es mención obligada comentar la aparición del monstruoso cefalópodo “El planeta de las tormentas” (“Planeta Bur”, 1962) y “Viaje al planeta prehistórico” (“Voyage of the prehistoric planet”, 1964) —esta última con la cutrez añadida de utilizar tomas desechadas de la anterior para las apariciones del monstruo en cuestión— que contaba con una característica peculiar que lo destaca sobre sus compañeros tentaculares. El pulpejo en cuestión



(que, para más inri, era venusiano) estaba cubierto de... una densa mata de pelo. (Sic), (sic), (sic); lo digo tres veces por si no se lo creen.

Y ya podemos volver a mi lagrimita por Desmond Davis, Ray Harryhausen y su "Furia de Titanes". Desde los tres años hasta los nueve ésta fue mi película favorita. Adorador de la mitología griega desde que tengo uso de razón, el poder "ver" a Medusa, Cerbero, Pegaso y compañía era un regalo, nunca mejor dicho, divino. Cierto es que hoy en día uno se obliga a verla con otros ojos —el guión es bastante torpe, aunque tiene cierto ritmo y regusto pagano, los actores son más bien malos y los efectos especiales, a pesar de que esto suene a sacrilegio, son más bien cutres—. Pero centrémonos en el Kraken y su papel estelar en este film. Muy alejado se encuentra de su recreación tentacular el monstruo en cuestión.

Humanoide, poseedor de múltiples brazos y con membranas de anfibio, este Kraken, el último de los titanes expulsados por Zeus al Tártaro, tiene debilidad por las jóvenes vestales de curvas generosas. Su mítica muerte a manos de Perseo, que sostiene la cabeza de medusa en su poderoso brazo con los ojos mortales apuntando hacia la bestia, no puede ser más legendaria. El titán se convierte en una estatua de piedra y, tras una pausa dramática, se deshace en pedazos.



Camino ya de la luz y de nuestros días, podemos decir que en este siglo veinte nuestro monstruo ha gozado de buena salud, con sendas apariciones en dos de las sagas aventurescas más emblemáticas de la última década: "Piratas del Caribe" y "El Señor de Los anillos". Más pulpo en la primera de las mentadas pero igualmente húmedo y poseedor de una enorme boca de dientes afilados que emerge de su carne como un esfínter monstruoso, estas dos nuevas iteraciones digitales del Kraken nos ofrecen el aspecto más espectacular de la criatura, capaz de alzar en volandas al pequeño Hobbit que porta en sus manos el destino de todos o de reducir a astillas al poderoso galeón de Jack Sparrow, presuntamente muerto y, en la hasta ahora última entrega de la franquicia, felizmente resucitado en una extraña isla en el fin del mundo.

Y ya vemos los tenues rayos del sol, demasiado tenues me temo, así que, o bien es de noche o bien el día luce encapotado. Espero que este viaje a través del tiempo en la búsqueda de la legendaria criatura haya resultado interesante o, como mínimo, sirviera de potente somnífero; es un mérito que muchos escritores deberían plantearse a la hora de valorar las cualidades y defectos de su obra. Así que buenas noches y buen... Un momento. Creo que algo se ha movido allí abajo. Algo grande. Algo... ¡¡¡OH, DIOS MI...!!!

Ángel Luis Sucasas Fernández

## El viejo y el mar. Y el extraño. Y el Kraken.

El extraño llegó por el sendero del risco. Cojeaba de la pierna derecha, no de un modo pronunciado, sino con un ligero vaivén, como una barca amarrada en un día de leve marejada. Caminó arrebujaado en su abrigo, con una mano escondida en el bolsillo y la otra agarrando una enorme bolsa de lona. El cielo estaba encapotado y soplabla viento del norte. No le importó. Avanzó hacia la cabaña sin aminorar la pausada cadencia de sus pasos. Lento pero seguro, firme; daba la impresión de que nada podría hacerle detener si él no lo deseaba, que ningún obstáculo se interpondría en su camino.

El abuelo Damián le observó sentado en su taburete mientras se aproximaba, sin dejar de limpiar las sardinas que había pescado aquella mañana. Sus manos callosas manejaban con sorprendente destreza el cuchillo. Un tajo, la cabeza en el cubo; dos tajos, las tripas. Durante un instante contemplé entre sus dedos cómo el extraño se acercaba. Di un respingo. La lentitud de uno y la viveza del otro se entremezclaban en un singular cuadro. Fue como si el aceite y el agua se fundieran. Algo antinatural, pero deseado.

-Viene alguien –dije.

-Ya.

Lacónico. Tajante. Nunca he conocido a nadie capaz de cortar con las palabras como él. Alguien particular, mi abuelo. Vivía en una cabaña junto al acantilado, distante del mundo, pero no ajeno a él. Se ganaba bien la vida dando friegas con alcohol de romero para aliviar los dolores de espalda y vendiendo el aguardiente que destilaba en su propio alambique. Pero su gran pasión era la mar. Siempre que podía salía por las mañanas a pescar en su barca. En ocasiones se perdía durante días en aquel viejo cascarón. Yo le adoraba. Mi madre permitía que pasara con él buena parte de las vacaciones, pese a que mi padre le detestaba. El resentimiento era mutuo.

El hombre se detuvo a unos pasos de nosotros y dejó la bolsa en el suelo. Varias cicatrices cruzaban su rostro, tenía la nariz achatada como los boxeadores y el mentón ligeramente desencajado hacia la derecha. Y, pese a todas sus deformaciones, su altura, sus hombros anchos y, en especial, su actitud conseguían hacer de él una figura imponente. Tenía su atractivo.

-Vengo a matar al Kraken –anunció.

-Claro –respondió mi abuelo como si no le diera mayor importancia al asunto.

Se frotó las manos en un trapo sucio y le tendió la petaca al extraño.

-¿Un cigarro?

-De algo hay que morir.

Ambos rieron la gracia entre dientes, como si les costara. Fumaron en silencio, apurando cada calada y mirando la mar con los ojos entrecerrados; con esa mirada de marinero

viejo y resabido que la ama y desconfía a partes iguales de ella. Sólo los listos llegan a viejos, decía mi abuelo, y además teniendo mucha suerte, sentenciaba.

-¿Cuántas van? ¿Veinticinco? ¿Veintiséis? –preguntó al extraño.

-Veintinueve –respondió el otro exhalando una vaharada de humo azul grisáceo. Después arrojó la colilla con un movimiento brusco y cargado de rabia.

Su cara se crispó.

-De algo hay que morir –añadió, pero en aquella ocasión no rieron, sino que se quedaron cabizbajos, cada cual perdido en sus propias cavilaciones.

-En ocasiones es bueno saber hasta dónde podemos llegar –dijo mi abuelo pasado un rato.

-Esta vez será distinto.

-Claro.

-Lo será. Hoy morirá.

El extraño sacó una botella de la bolsa y la dejó junto al pescado.

-Brinda esta noche por mí, viejo.

-Brindaremos juntos, cuando te recuperes.

-¡Vete al diablo! –estalló el extraño. Su aspecto era tétrico con su cuerpo deformado iluminado por la luz mortecina del ocaso de aquel día gris-. Mira esto –dijo sacando varios arpones de la bolsa-. Éste es eléctrico, podría freír a una ballena; y éste cuando se clava se expande, es como si mil cuchillas de afeitar rajasen la carne; y éste estalla; y éste está impregnado con veneno, una toxina tan fuerte que una sola gota mataría a centenares de personas.

Resopló y miró desafiante al abuelo. La rechinaban los dientes. Yo me quedé muy quieta, sentada en el suelo sin atreverme apenas a respirar.

-No te enfrentas a una ballena, ni a centenares de personas, si no al Kraken.

-Qué, viejo, ¿aún crees que ese cabrón tiene alguna oportunidad?

-Las tiene todas, y lo sabes. Es una bestia de otra época. Sabía como el tiempo, como el mal. Déjalo ya, abandona.

Estaba asustada, jamás había visto a mi abuelo tan alterado. Los labios le temblaban y apretaba tan fuerte el cuchillo que los dedos se le estaban poniendo morados. Pensé que el extraño respondería gritando, y que todo terminaría en una pelea, pero recogió los arpones sin decir palabra y emprendió el camino de la playa.

-Te deseo suerte –susurró mi abuelo.

No sé porqué, pero de vez en cuando esa escena regresa a mis sueños: El extraño alejándose por el escarpado sendero del risco, y mi abuelo susurrando aquellas palabras. Sólo que en mis sueños las palabras son distintas:

*-Te deseo muerte.*

-¿Podré ver al Kraken? -pregunté con esa ilusión por lo prohibido que tienen los niños. Las leyendas del Kraken eran un clásico. Los chavales de toda la comarca contábamos sus historias al anochecer, iluminados por una linterna en las cuevas de Cabo de Ajo. Cuando había suerte conseguíamos que un viejo marinero o una viuda nos contaran nuevos detalles.

El abuelo no me contestó, entró en la cabaña y salió al poco con un fajo enrollado y prieto de billetes de cinco mil pesetas.

-Vete al pueblo y compra una vaca preñada.

-¿Y si no quieren vendérmela?

-Sabes que eres mi nieta, te la venderán.

Cuando regresé la noche había metamorfoseado el azul en negro. El faro de Punta Chilotes señalaba la ruta segura a los barcos de cabotaje. El viento ya no soplaba, pero había refrescado. Mi abuelo me esperaba a la puerta de su casa con el capote de salir a pescar puesto. Agarró la sogá con la que guiaba a la vaca y la ató a un poste.

-Vamos.

-¿A dónde?

-¿No querías ver al Kraken?

Dudé un instante, no pensaba que me lo permitiera.

-¡Sí! –respondí alborozada. Qué ingenua fui.

Bajamos a la cala donde tenía su barca; una bonita barca pintada a franjas azules y verdes. Con ella aprendí a calafatear, a guiarme por las estrellas, a escoger el mejor cebo para cada tipo de pescado, a tener la seguridad de que la mar es traicionera, y otras muchas cosas que en las madrugadas de pesadillas desearía no saber. Pero yo lo pedí así, nadie me obligó a nada. Ojalá lo hubieran hecho. Tendría el alma más pura y mi conciencia estaría tranquila.

La noche era oscura. El agua se extendía frente a nosotros como un manto negro que raspaba la orilla con un suave murmullo. Me enfadé. No podría ver al Kraken. En la penumbra apenas distinguía la silueta del abuelo Damián.

-Va despejar –pronosticó como si pudiera leer mis pensamientos.

Una tibia brisa de levante arrastró las nubes, ratificando sus palabras. La Luna, pálida y redonda, quedó al descubierto. Parecía a punto de arrojarse sobre las aguas que, en función de algún extraño efecto óptico, se negaban a reflejarla. Aquel viento sonaba a hueco y parecía que arrastraba unas palabras, un murmullo, algo que casi podías entender, pero que se te escurría como la fina arena de playa entre los dedos.

-¿Por qué lo hace? ¿Por qué quiere cazar al Kraken? ¿Está loco?

-Sí, eso es, está loco.

Encendió una cerilla y prendió un cigarro. Sus ojos se iluminaron durante un instante. Eran dos pozos negros en los que las pupilas habían devorado al iris. No pude evitar dar un paso atrás.

-Tienes que ir aprendiendo a tener cuidado con lo que preguntas, porque lo mismo te contestan –me advirtió.

Entonces, entre calada y calada, con esa voz rasposa de marinero fumador que ha pasado muchas guardias entre la niebla, me contó la historia del extraño:

“Se llama Santiago, como el apóstol. Llegó hará unos treinta y cinco años, y compró la casona de Monchico. La reparó sin tener en cuenta gastos. Se conoce que era un rico herejero, pero no de esos que se pasan todo el día rascándose la barriga. No, a éste le gustaba hacer cosas. No paraba de meterse en lo que él llamaba desafíos. Lo mismo subía la montaña más alta del mundo que le daba por bajar en canoa por un río peligroso. Sé todo esto porque estuve en muchas de sus expediciones.

>>Una mañana se presentó aquí y me pidió que le acompañara en un viaje en barcaza. Quería llegar al Polo Norte. Le dije que había muchos marineros en la zona, que porqué no se lo ofrecía a ellos. Me contestó que porque él buscaba a los mejores, y que muchos habían tenido miedo y no querían acompañarle. Acepté. Pagaba bien y era un trabajo de mar, que es lo mío. La travesía fue difícil, no he pasado tanto frío en mi vida. Una mañana encontramos a uno de los tripulantes tieso como un madero. Se había quedado congelado. Otro par de ellos se fueron por la borda en una tormenta. Sí, fue un viaje duro, pero al final volvimos con muchas historias que contar. No me las preguntes ahora, que no es el momento; cuando seas más mayor ya te contaré, si quieres.

>>Nos hicimos buenos amigos, no hay nada que una más a dos hombres que haber pasado juntos las de Caín. Él siguió con sus expediciones y yo le acompañé en casi todas, sólo me salté unas pocas que hizo por el desierto. Yo soy hombre agua, no de polvo, que para el polvo ya está toda la eternidad.

>>Se moderó un poco cuando se casó. Estuvo un par de años sin apenas moverse. Cambió las aventuras por viajes caros a ciudades de toda Europa. Todavía tengo por ahí alguno de los recuerdos que me traía. Pasó demasiado tiempo por aquí, y ya sabes cómo le

gusta hablar a la gente. Demasiado. El caso es que empezó a darle vueltas a las leyendas del Kraken. Si hubiera sido otro se hubiera reído de ellas, pero habíamos visto cosas extrañas en nuestros viajes, tanto o más que esa maldita bestia de las profundidades.

>>Poco después de que su mujer quedara embarazada por segunda vez, vino a verme para que le acompañara a cazar al Kraken. Compró el mejor barco que se podía conseguir con dinero y lo equipó con los aparatos más modernos. Ni sé lo que le costaría, ni los permisos que tuvo que conseguir, pero lo armó como si fuera un buque de guerra. Contrató a los mejores de cada lugar: mercenarios sudafricanos, arponeros noruegos, marineros andaluces, gallegos y vascos, cazadores de tiburones chinos y técnicos de radar americanos. A mí me nombró capitán. Tenías que haberlo visto. Era una embarcación sólida, de las que da gusto contemplar mientras navega. Ciento treinta y dos metros de eslora, veintiséis de manga y veintiocho nudos de velocidad. Tenía unas torretas de cañones para arpones a proa y popa, igual que los acorazados. Una preciosidad. La Santa Ana se llamaba, como tu abuela.

>>Las leyendas decían que el Kraken tenía su nido en le cantábrico norte, y para allá que fuimos. Era el mes de noviembre. La mar estuvo picada durante el viaje y amenazaba galerna, pero no nos íbamos a achantar por eso. La gente dura pasa una línea y sabe lo que tiene que hacer. Muchos de los tripulantes pensaban que era cosa de locos, el capricho de un señorito rico, pero la paga era buena, muy buena. Total que se guardaron sus opiniones para ellos. Tardaron poco en creer. Cuando llegamos nos estaba esperando. No me mires así, no pienses en él como si fuera un animal. No lo es. Recuérdalo bien, y aprende de tus mayores.

>>El día estaba despejado, ni una nube, oye. El primero desde que salimos de puerto. La mar brillaba bajo el sol. Ya sé que las historias dicen que sólo sale las noches más oscuras, y que hasta el brillo de la Luna le molesta; pero también puede salir de día, aunque prefiera la noche, supongo que porque le recordará las profundidades. Apareció a lo lejos, justo más allá del alcance de nuestras armas. Salió del agua muy despacio. Fue como sin una montaña se alzara delante de nosotros. Una única onda de agua nos golpeó por proa. El barco se bamboleó como si fuera una cáscara. Todos estábamos en cubierta. Sólo se podía oír la respiración agitada y entrecortada de los hombres. Su sombra era tan grande que llegaba a nosotros. Y aquella mirada... esos dos enormes ojos sin párpados. ¿Te has asomado alguna vez por el borde del acantilado? No le mientas a tu abuelo. Sé que lo has hecho, todos lo hacemos, aunque no se deba, hacemos muchas cosas por curiosidad aunque no sean buenas; demasiadas.

>>Entonces, como vino se fue. Se sumergió en el agua y desapareció. Di las órdenes para que nos preparáramos. Con un bicho así uno no se podía andar con zarandajas. Podía ser grande, pero nosotros teníamos artillería para tumbar lo que se nos pusiera por delante; o eso es lo que creíamos. El caso es que no aparecía por ninguna parte. El radar no servía para detectarle, no me digas porqué. Jugaba con nosotros. Se dejaba ver aquí y allá. Hacía que le fuéramos persiguiendo. Pasamos un par de semanas dando vueltas a lo tonto. Hubo un radarista, Robert se llamaba, que ideó una manera de dar con él. Trianguló la señal, o algo así. Un buen chaval el americano ése. Ahora vive en el desierto de Arizona y no se acerca al agua ni aunque esté en un barreño.

>>Una vez localizado, nos dirigimos directamente a por él. Estoy seguro de que podría habernos evitado, o huido, si le hubiera apetecido, pero se había dado cuenta de que no

podía seguir jugueteando con nosotros, al menos no de aquella manera.

>>Tal y como esperábamos, nos embistió por debajo. Dejamos caer los bidones con las cargas de profundidad. Pensábamos que con eso le mataríamos, o le heriríamos de gravedad. Nos equivocamos. Los tentáculos surgieron a derecha e izquierda y se enredaron a las barandillas, reventaron los ojos de buey y se agarraron a los huecos vacíos. Cortamos, disparamos, quemamos y arponeamos, pero fue inútil. El casco crujió, los remaches saltaron y las planchas de acero se doblaron. No podía creer lo que estaba pasando. Le estábamos dando con todo lo que teníamos y no hacía caso. Entonces nos hundió. ¿Te imaginas? Un barco de mil doscientas toneladas y doble casco, y tiró de él hacia el fondo como si fuera un cascarón. Nos tuvo bajo el agua sólo un momento, lo justo para librarse de nuestras picaduras, después nos sacó fuera otra vez. El agua se volvió negra, no, no creas que era tinta, ni se te ocurra compararle con un calamar, ya te he dicho que no cometes ese error. Todo burbujeaba a nuestro alrededor. El acero se derretía y despedía nubes de vapor venenoso. Me encerré en la cabina. Algunos cayeron por la borda entre arcadas. Recuerdo sus gritos, jamás podré olvidarlos. Nos pudo matar, pero no era nuestra muerte lo que buscaba, sino nuestro miedo. Alzó el buque sobre las aguas, lo zarandeó, y al final lo lanzó como si no fuera más que una tabla vieja que hay que descartar.

>>Aparecieron náufragos de nuestro barco desde Finisterre hasta San Juan de Luz, allá en Francia. Y así hicimos su voluntad, aún sin saberlo. Propagamos las leyendas y el miedo por toda la costa, como él quería. Por supuesto, los que mandan no nos creyeron, pero las gentes de la costa sí, y los viejos marineros asintieron y añadieron una historia a las que ya conocían.

>>Lo peor no había pasado. Eso vino cuando volvimos a casa. Tiene poder más allá de la mar, porque el agua llega a cada rincón del mundo. Además es malo y listo, una cosa podrida y vieja con una inteligencia afilada como... como un anzuelo para atunes. He visto lo que puede hacer, cómo ha torturado y castigado a la tripulación del Santa Ana, cómo ha destruido su vida y matado su ilusión. Con los años, sus planes tienen cierto sentido, tonterías y casualidades encajan para formar algo que se me escapa. Me dan mareos, es mejor dejarlo. Prefiero no entenderlo. Me volvería loco; a alguno ya le pasó. Cuando tú vas, él vuelve.

>>Había matado a la mujer y al hijo de Santi. Y también a Ana, tu abuela. No me preguntes detalles. Hay cosas de las que prefiero no hablar. Recuerdo la mañana que volvimos al pueblo. Nadie nos había dicho nada. Matías, el pastor, me contó que nuestros gritos de rabia y dolor se oyeron desde la Punta de Santoña hasta los montes de Tordehumos; y que las maldiciones y juramentos hicieron que las beatas se santiguaran y encargaran misas por los difuntos, más por apaciguar sus temores que por la salvación de las almas de los muertos.

>>Aquella madrugada bajamos al puerto afónicos y borrachos como cubas. Ese hijo de puta nos estaba esperando, desafiándonos para que fuéramos a por él, metiendo el dedo en la llaga. Su forma se adivinaba sobre la superficie, era un pozo negro en el que no había reflejo alguno y las estrellas no brillaban. Santi no pudo contenerse y se adentró en las aguas buscando venganza. Intenté impedirselo, pero fue inútil. Observé desde el espigón cómo jugaba con él. Le lanzaba al aire como si fuera un pelele, le sumergía en el agua helada hasta casi ahogarle y de vez en cuando le rompía un hueso. Los gritos se escucharon por toda la bahía, pero nadie vino a ayudar, ni un curioso se acercó allí. Incluso los incrédulos asegu-

raron las puertas de sus casas y se escondieron bajo las mantas. Los más sacaron las botellas de aguardiente para no oír nada.

>>Recé porque terminara con su sufrimiento y le matara. Pero no lo hizo, forma parte de su crueldad. Le arrebató cuanto más amaba por desafiarle, por cometer el error de confundirle con un animal, cuando es un ser del abismo, uno de esos demonios que se señalaban en las viejas cartas de navegación. Es eso, y algo peor, oscuro, antiguo y maligno que aguarda su momento en los abismos de las profundidades marinas. En lugares donde la luz del sol jamás ha llegado, donde nada ha cambiado y es mejor no adentrarse.

>>Desde aquel día Santi regresa para retarle al menos una vez al año, y el Kraken le espera para partirle los huesos y humillarle una vez más. Y yo... yo, yo... me dedico a mis cosas.

Me había contado la historia, pero con el conocimiento llegaron más preguntas. Con el tiempo averigüé que la sabiduría arcana es un pozo de cieno: para llegar has de embarrarte, hundiéndote un poco más a cada paso, y una pregunta te lleva a otra y a otra...

-Pero... si mató a la abuela, ¿por qué no le ayudaste a matarlo?

-Tu madre seguía viva.

Permanecimos en silencio, escuchando las olas y el canto de las cigarras que se escondían entre la junquera que marcaba el límite entre la arena de la playa y el pedregal. No me atrevía a preguntar más sobre el Kraken. Tenía miedo, pero ansiaba verle. Así somos: sabemos lo que está bien y lo que no, e intentamos comportarnos con rectitud, pero lo prohibido nos produce una curiosidad malsana que suele ser nuestra perdición.

Un zumbido al este nos anunció la llegada del actor protagonista de aquel drama. La zodiac botaba sobre la superficie como si fuera un animal enfurecido. El extraño –pues para mí siempre será el extraño y Santiago el nombre de un personaje de una vieja historia del abuelo- se mantenía en un asombroso equilibrio, de pie, con una mano guiando el timón del motor, y la otra alzando uno de los mortíferos arpones sobre su cabeza.

En un instante desapareció. Fue un parpadeo. Si hubiera girado la cabeza no lo hubiera visto. La lancha, el motor, el extraño y el arpón fueron succionados. Las aguas se lo tragaron todo sin un ruido. Creí ver unas sombras fugaces, pero aún hoy día dudo si alcancé a ver nada que no fuera ausencia. La mar quedó tranquila, como si nada hubiera sucedido.

-Se lo ha tragado –dije horrorizada.

El abuelo Damián negó con la cabeza.

-Al amanecer le encontrarán flotando a la deriva en alguna playa.

Todavía estuvimos bastante tiempo sentados sobre la arena húmeda. Yo sobrecogida por lo que acababa de ver, él dándome tiempo para que me repusiera. Cuando juzgó que ya debería haberme tranquilizado se levantó y me dijo:

-Todavía tenemos que hacer algo antes de que salga el Sol.

-¿El qué?

-¿Para qué crees que te mandé comprar una vaca?

No contesté, comenzaba a temer más las preguntas que la ignorancia.

Regresamos a la cabaña y el abuelo desató la soga y tiró de la vaca, que de algún modo anticipó su destino y se resistió con todo su empeño. Yo le miraba todavía atontada y temiéndome lo que le iba a ocurrir a aquel pobre animal que yo misma había traído aquella noche.

-Coge el chubasquero -me ordenó.

No discutí.

Arrastramos al animal hasta un risco. El lugar tenía un olor penetrante y desagradable, algo que ascendía desde el mismo suelo, filtrándose entre la hierba rala y amarillenta y desafiando al propio salitre.

Al poco, llegó el Kraken, como un rumor. Ocultando la Luna. Inmenso. Era una enorme montaña que se había deslizado fuera del agua en apenas un instante; un apéndice palpitante y húmedo del risco. Nos contemplaba desde la altura. Entonces acepté la verdad de la historia. No era un animal. Sus ojos sin párpados eran humanos, no encuentro otro modo para definirlos. Dos globos oculares con unos iris de color violeta intenso, y unas pupilas que escrutaban cada uno de nuestros movimientos.

La vaca mugía y pateaba contra el suelo, pero la presa firme del abuelo Damián impedía que huyera. Un tentáculo se deslizó sobre la hierba, se arqueó y pasó sobre el lomo de la vaca. La pobre se orinó encima. Entonces, el Kraken presionó contra el suelo. El chasquido de las cuatro patas del infortunado animal al quebrarse me cortó la respiración. Un mugido prolongado y lastimero se entremezcló con una letanía que mi abuelo comenzó a entonar con voz ronca. Me apretó la mano y me urgió con un movimiento de cabeza para que le imitara. Sólo entonces reparé en el tentáculo que reptaba en mi dirección. A duras penas conseguí que un sofocado hilillo de voz saliera de mis labios. Aquel apéndice que prometía muerte detuvo su avance, pero no se retiró.

Alzó a la vaca sobre nuestras cabezas, y comenzó a retorcerla lentamente durante lo que se me pareció una eternidad. Me tapé los oídos con las manos. El lúgubre lamento del animal me taladraba hasta alcanzar lo más profundo de mi ser, donde continúa resonando en mis pesadillas. Los mugidos se apagaron. Bajé las manos, dejándolas caer pesadamente junto a mis caderas. Entonces escuché el chasquido de los músculos, los tendones y la piel al rasgarse. La sangre se derramó como un torrente.

Chillé como jamás volvería a hacerlo.

Chillé mientras pedazos de vísceras caían a mi alrededor.

Chillé hasta que mi garganta se negó a continuar, convertida en esparto.

Chillé y murió algo en mí. Creo que fue la inocencia.

Y mientras, aquella maldita aberración abandonó la costa con su ofrenda, tal y como llegó, sin que las aguas delataran su paso. Así es él, un murmullo que va y viene.

-¿Por qué? –acerté a preguntar con voz ahogada.

-He visto mucho, mi hija. Muchas cosas en este mundo que se escapan a nuestro entendimiento. No se aprenden en los libros, al menos no en aquellos que es bueno leer. Hay tres tipos de monstruos: los que hay que destruir, no importa lo que cueste; aquéllos de los que hay que huir y combatir sólo si estás acorralado; y los que hay que aplacar porque están más allá de nuestra comprensión. Y de éstos últimos yo sólo conozco al Kraken.

Todavía hoy recuerdo sus palabras, por eso prefiero alejarme de los seres que no puedo abatir y centrarme en los que pueden ser destruidos. Ésa fue una de sus primeras lecciones, y sin duda de las más valiosas.

Verano a verano, fui aprendiendo los secretos del abuelo. Cuando cumplí los dieciocho me fui a vivir con él. Allí estuve hasta que no tuvo más que enseñarme; y entonces, cuando más me necesitaba, cuando sus dedos, antaño hábiles, se convirtieron en unos garfios curvados por la artritis, y sus ojos estaban comidos por las cataratas, le abandoné para continuar aprendiendo. Marché con su bendición, pero eso no me exculpa de mis pecados. Pese a todo, mi sangre tiene una deuda con esa bestia, y una vez al año acudo a la vieja cabaña del abuelo, limpio su tumba y la adorno con crisantemos y gardenias, compro una vaca preñada, y espero a que el extraño se acerque por el sendero del risco con su caminar renqueante y su mirada de odio.

Pedro Escudero



## Pyaray, el horror tentacular que murmura los secretos imposibles, Comandante de la flota del Caos

### *O el kraken según Michael Moorcock*

Una vez oí en una conferencia que para que la literatura de género fantástico no tenga sabor a refrito es necesario que el autor no beba sólo de fuentes recientes, sino también de los clásicos. Supongo que en todos los géneros literarios tiene un gran peso esta afirmación, pero en un mundo sobresaturado de novelas en las que abundan los enanos gruñones, los elfos que no se parecen en nada a los del folklore celta y en el que los dragones parecen cortados por el mismo patrón, creo que no es extraño que fuera la fantasía heroica, o la de espada y brujería, la que suscitara el comentario. Del mismo modo que, revelando la otra cara de la moneda, no es extraño encontrar este particular kraken dentro de la cosmogonía del autor británico, dejando claro que no todo el género son dragonadas, incluso aun cuando salen dragones en las novelas.

Al igual que Tolkien -quien, por cierto, también introdujo un kraken en uno de sus libros, aunque a mi parecer mucho más descafeinado-, Michael Moorcock no tiene problemas en cimentar un mundo propio tomando los elementos que más le convienen de las mitologías tradicionales. Así, no resulta nada raro que cuando creara al terrible dios del caos de las profundidades oceánicas de los Reinos Jóvenes optara por un arquetipo ortodoxo hasta la médula. Efectivamente, debajo de su rimbombante y sugerente nombre, Pyaray no deja de ser un pulpo gigante ávido de sangre y marineros a los que arrastrar a sus dominios en el fondo del mar.

Resulta curioso ver que el autor no se molesta en cambiar siquiera la apariencia de este clásico, seguramente por juzgarla

en sí un acierto: la mancha de tinta negra que ciega, que vierte tinieblas sobre el mar, no es menos sugerente que los tentáculos implacables que arrancan a los marinos de las cubiertas para llevárselo a las profundidades abisales (y que además son ocho, como flechas tiene la estrella del caos). Es lo bueno de escribir sin complejos y de tener esa habilidad para sugerir escenarios sin demasiados artificios.

Al mismo tiempo, Moorcock no escatima en las interpretaciones más intrínsecas del concepto del kraken a la hora de dar atributos a su dios demoniaco. En primer lugar, encarna lo que es el mar enfurecido: una criatura indomable, de fuerza y poder sin igual, que no hace gala de una inteligencia maquiavélica -como es la constante en el resto de los dioses del panteón caótico, Ariocho a la cabeza-, sino simplemente de una determinación malsana por hundir barcos. ¿Qué mejor encarnación del dolor incomprensible que acompaña un naufragio?

Además, el autor incide en el funesto destino de los que sucumben a la oscuridad de las aguas. En el mundo real, queda la incógnita como compañera, pero un mundo medieval fantástico, en el que las supersticiones están a la orden del día y morir se no es lo peor que le puede ocurrir a uno, la realidad puede ser mucho más terrible, como la de servir eternamente en galeones condenados construidos con la propia esencia del caos habitando un cuerpo de ahogado, hinchado por las aguas y semidevorado por los peces, aguardando la batalla final por el dominio del plano de existencia -qué concepto tan abrumador, aun más terrible que el de "mundo"- que

nos ha visto nacer y obligados a combatir en el bando equivocado y odiado. Desde luego, no hacen falta sutilezas para arrancar un escalofrío.

Así, nos encontramos que Pyaray, el horror tentacular que murmura los secretos imposibles, es una de las encarnaciones del kraken más puras y terribles que encontramos en la literatura moderna. De ahí, al mismo tiempo, que destilen paralelismos con obras posteriores que, seguramente, no se fijaron en ella -como Piratas del Caribe-. Lo que decíamos de echar una ojeada a los clásicos, aunque sea con la excusa de llenar unas páginas de esta biblioteca fosca...

Juan Ángel Laguna Edroso

## Día marcado

Ese día está marcado con lápiz rojo en mi calendario. Como muchos otros.

Es el origen de mi desgracia, la puerta de entrada de todos mis demonios. Mi alma es como un faro que atrae las desgracias, como si un ente telepático registrara mi ser en busca de maldad, corrupción...

Hace que me vuelva esquizofrénico, hipocondríaco, que mi esencia no signifique más que la de un mísero pez, que una larva...

Mi cuerpo falla. Mis células empiezan a morir. Mis átomos se disgregan; electrones, protones, neutrones, escapan, como propulsados por una turbina, por una hélice gigantesca... o tal vez, como absorbidos por una monstruosa garganta.

Cojo el teléfono e intento una última llamada. No puedo controlar mis manos. No puedo clarificar mis pensamientos. La vista se me apaga, se estrecha mi campo de visión; como el objetivo de una cámara, como un pequeño telescopio enfocado en una estrella, un pequeño punto focal.

Mis oídos zumban, una enorme sirena de barco los taladra, acompañados de voces espectrales, de oculto pero terrorífico significado a la vez.

La sangre se me escapa a borbotones, produciéndome el zumbido de oídos, la pérdida de visión, la disgregación de mis átomos.

Ya no distingo si es verdad o se debe a mi locura.

Elegí este día para suicidarme, lo marqué con lápiz rojo en mi calendario, el que cuelga detrás de la puerta de mi camarote. El viaje en barco no me ha ayudado a aclararme, no me clarifica el origen de esta sensación.

*"Iä, Iä, Cthulhu fhang;Ei!;Ei!..."*, susurro por el teléfono cuando al otro lado de la línea alguien lo descuelga. Frenética carrera de electrones de mi boca a su oído, transformando las palabras en corriente, y viceversa.

Y muero.

Y sigo viendo mi cuerpo, mi alma lo abandona, dibujando una hermosa hélice mientras desciende.

Y mientras desaparezco, pienso, absurdamente: *"...no está muerto lo que yace eternamente, y con el paso de extraños evos, hasta la muerte puede morir..."*

J.Javier Arnau

## El espectro blanco del capítulo cincuenta y nueve

Amanecer. El Pequod. Rumbo a la isla de Java. El tercer arponero, Dagoo, avista desde el palo mayor una masa de color blanco en el horizonte y lanza un grito. Poco después, hay cuatro botes en el mar. El del capitán Ahab marcha el primero, por delante de aquel en el que se encuentra el reticente e indeciso primer oficial, Starbuck. La bestia se hunde en el agua. Cuando vuelve a emerger, lo que los marineros contemplan es otra clase de monstruo: un calamar de un centenar de metros, una masa pulposa descrita por Melville como “una aparición de vida ultraterrena, informe, casual”. Ahab da media vuelta, sin decir nada. Los otros botes le siguen. Starbuck hubiera preferido encontrar a la Ballena Blanca y terminar, de una vez por todas, aquella cacería. Al término de ese capítulo —el 59— de *Moby Dick*, Ismael, el narrador, desmonta el mito del Kraken sugiriendo que la criatura mitológica llena de tentáculos no existe, que un calamar enorme como el que acaban de encontrar forjó el mito.

Para Harold Bloom, toda la novela estadounidense moderna deriva de *Moby Dick*. La obra de Melville bebe sin disimulo de la sangrienta tragedia de Shakespeare y anticipa las visiones ruinosas de Roth, Pynchon, DeLillo, West, Ellison, y, sobre todo, McCarthy y Faulkner. Este último afirmó que *Moby Dick* era la novela que hubiera querido escribir. En cierto modo lo hizo, si bien lo que surcó a lo largo de su vida literaria fue

un imaginario condado sureño, en lugar de haberse lanzado al mar en busca de sus monstruos. Tampoco parece muy desacertado el juicio de Bloom cuando afirma que el auténtico heredero de esa locura apocalíptica, violenta, catastrófica, es Cormac McCarthy; y que el aliento épico, el de ese poema en prosa de horror y muerte que es *Meridiano de sangre*, es el mismo que se halla en las páginas que escribió Melville.

El capítulo de *Moby Dick* destinado al



*Kraken* puede parecer un alto en el camino, una parada en el descenso a los infiernos. Pero como le sucede a Marlow —que incluso cuando físicamente se detiene, sigue viajando hacia las tinieblas en las que se encuentra Kurtz—, la tripulación del Pequod y el lector se hallan entonces en otro lugar que también provoca un espanto verdadero. Quizá, y en esto McCarthy y Faulkner serán maestros, el horror asoma en las palabras no articuladas, en los pensamientos no leídos, en los actos no presenciados.

Un cazavampiros que suelta la estaca y deja ir al monstruo cuando se da cuenta de que aquel al que perseguía no es su especialidad. Eso hace Ahab, monomaniático, al que poco le importan las ballenas y los pulpos gigantes. Ve al calamar blanco y da media vuelta. A seguir buscando a *Moby Dick*. Ahab desplaza su ansiedad hacia una acción absurda, la persecución de la Ballena Blanca, único fin y deseo que le

posee, autoimpuesto e irracional. Y lo hace de dentro hacia el exterior (no soy yo el violento) y hacia otro lugar (es la ballena la que destruye; es el mar el que destruye). Lo posee un orden estricto, fuera del cual Ahab ya no sería Ahab. Una manera de comportarse petrificada, seriada, incapaz de adaptarse a los cambios ni de razonar, que llevará al mundo que dirige hacia la destrucción. Pero como todos los grandes personajes, Ahab no es simplemente un bonito caso psicopatológico que haría las delicias de un psiquiatra. Su manía tiene algo de grandeza, de auténtica libertad. Aunque sea para inmolarsse y arrastrar en su caída a los que fueron tan inconscientes como para seguirle.

La condición del primer oficial del Pequod y dónde tiene el ánimo también se expresan en ese momento, y lo hacen con una sola frase: *¡Hubiese preferido encontrar a Moby Dick y luchar con ella que verte a ti, espectro blanco!* Una exclamación que no desentonaría en boca de algún personaje homérico, si no fueron Macbeth y Hamlet los que la apuntaron en algún momento y lugar para alguno de sus soliloquios. El cansancio de una búsqueda inútil, de una misión que de antemano se sabe fracasada, el deseo de huir de un océano que parece circular. Starbuck no aborrece a la Ballena Blanca, no manifiesta otro odio que hacia su capitán, o mejor, hacia la obsesión de Ahab. Su única aspiración, que el viaje termine. De cualquier forma. Aunque se los trague el mar.

Por último, la mirada de Ismael, que no deja de tener su pizca de ironía. Como el científico en el que tantas veces se transforma a lo largo de *Moby Dick* para explicarnos mil cosas acerca de las ballenas, en ese capítulo el narrador se permite sugerirnos que el Kraken no existe. Ya está, desaparece de un plumazo. Su lugar lo ocupa un calamar algo grandote, real, que tuvo a la vista. Como Ahab, también Ismael se desentiende del Kraken y mira hacia otro lado, pero con cierto humor. Ah, bien, sólo es un calamar gigante de más de cien metros, no nos entretengamos y sigamos nuestro camino, nosotros perseguimos otra sombra. No es ese el espectro blanco del que quiere hablarnos. Esa no es la pesadilla. El Kraken no es el monstruo que asusta a la tripulación del Pequod. El viaje continúa.

Daniel Pérez Navarro



## Howie

Una mañana tan espléndida como cualquier otra, Arthur caminaba hacia la parada del autobús bajo un sol primaveral. La muchedumbre luchaba por su pequeño espacio vital en las atestadas aceras, embutidos ellos en sus formales trajes grises y sus clásicas corbatas oscuras, mostrando ellas bajo sus blancas blusas escotadas y sus ajustadas faldas negras indecentes retazos de un inimaginable total. Mediante una sutil combinación de ágiles saltos, elegantes piruetas, sonrisa ensayadas y algún que otro descortés empellón, Arthur se abrió paso entre la gente y logró llegar hasta la parada, sólo para contemplar con desesperación cómo el autobús se perdía en una oscura nube de humo procedente del tubo de escape. Maldijo en silencio las horas punta y alzó la mano para atraer la atención de algún taxista, que vive de estas pequeñas vicisitudes como los buitres se alimentan de la carroña. Un enorme vehículo amarillo chillón se detuvo a escasos metros de donde se encontraba, y una desproporcionada cabeza asomó por la ventanilla.

—Vamos, amigo, no tengo todo el día —rugió.

Arthur exhibió su mejor sonrisa y saltó al arcén con un grácil floreo de su americana recién estrenada, una espléndida chaqueta de corte tradicional de un suave color gris. Fue entonces cuando las cosas comenzaron a torcerse. Sus piernas, elegantemente rematadas por unos zapatos nuevos de piel recién lustrados, se hundieron hasta el tobillo en un oscuro charco de lodo en el que no había reparado. Soltando un bufido, trató de avanzar hacia el taxi. Lo único que logró fue caer de bruces al suelo. Sus pies estaban atrapados en aquella masa informe de barro y suciedad, otro producto de la urbanización que tanto despreciaba.

—¿Qué demonios...? —dijo, rojo de ira.

Atraída por el inusual espectáculo, una pequeña multitud se congregó a su alrededor. En todos los rostros, desde viejas desdentadas con el rostro maquillado como un payaso hasta jóvenes imberbes de mirada perdida, Arthur creyó detectar una sonrisa oculta. Pero en el fondo no le importó. Sus pensamientos giraban alrededor de aquel pozo de inmundicia que le llegaba hasta las rodillas.

—No quisiera parecer descortés, amigos —sonrió a la multitud—, pero ¿sería alguno de ustedes tan amable de echarme una mano?

Las sonrisas florecieron entre los presentes. Algunos, aburridos ante el cariz que estaba tomando el asunto, continuaron su camino. Otros se burlaron de Arthur realizando gestos obscenos con sus manos y bocas. Solo dos jóvenes se acercaron hasta él.

—Gracias, amigos. Gracias por esta desinteresada muestra de ciudadanía —gimió Arthur, incapaz de contener las lágrimas.

Uno de los jóvenes atrapó sus manos mientras el otro registraba sus bolsillos con ojos brillantes. Arthur gimoteó, luego les amenazó con notificar los hechos al primer agente de policía que encontrara; cuando descubrió que estaba hundido hasta la cintura, les suplicó que al menos le sacaran de allí, pero todo fue inútil. Se marcharon con su cartera repleta de tarjetas y billetes, su reloj de bolsillo recuerdo de su madre, su anillo de compromiso, las llaves de su indescriptible hogar y dos caramelos de menta.

La desproporcionada cabeza coronada por una inapropiada boina a cuadros rojos y azules que asomaba por la ventanilla del taxi se agitó a un lado y a otro, arriba y abajo, como si quisiera liberarse de la opresión de un cuello demasiado posesivo. Una manaza de dedos largos y gruesos dejó caer sobre la acera la ceniza acumulada en un inmenso puro medio consumido. Después lo llevó a aquella boca que semejaba la entrada de una gruta ciclópea y el taxista dio una larga calada meditativa mientras sus ojos le miraban con ansiedad.

—Oiga, yo no puedo esperar todo el día. Me las piro. Y la próxima vez no me haga perder el tiempo, cretino.

Dichas estas palabras, se marchó. Arthur se quedó allí, solo, cubierto de barro hasta la barbilla, intentando no respirar el hedor que se desprendía de aquella masa informe de putrefacción. Un grupo de turistas se detuvo a su lado. Mientras su rostro desaparecía en el lodo aprovecharon para tomar unas cuantas fotos. Antes de que su cabeza se sumergiera por completo en el charco tuvo tiempo de ver llegar el autobús e inhalar por última vez los apestosos gases que emanaban del tubo de escape.

La oscuridad que le rodeaba era negra como el carbón, a excepción de ocasionales franjas iridiscentes que recorrían todas las tonalidades del arco iris. Mientras descendía sin parar hacia un destino tan aterrador como desconocido, Arthur intentó pensar en la cadena de acontecimientos que le habían conducido a aquel remolino succionador en avanzado estado de descomposición. Todos sus análisis fueron en vano. No recordaba ningún hecho en concreto realizado durante la mañana que le condenara a una agonía eterna. Ni siquiera recordaba lo que había desayunado.

El túnel se volvió más angosto, y Arthur tuvo la impresión de que, antes o después, quedaría atascado. Las vetas de colores habían desaparecido por completo, y una oscuridad opresiva le envolvía. Oscuridad y silencio, un silencio sólo roto por el roce de sus ropas contra aquella sustancia negra inidentificable: una mezcla de gelatina y barro con la consistencia del chicle y el olor de las cañerías del cuarto de baño de la casa de su anciana madre.

El tiempo transcurría como si estuviera realizando horas extras en el despacho. Ignoraba hacia dónde se dirigía, si es que se dirigía hacia alguna parte. Lo más probable era que aquel descenso no terminara jamás. Recordaba aquella vez, con nueve años, que sus padres insistieron en montar todos juntos en la montaña rusa. Dos cosas convirtieron aquel día en una pesadilla inolvidable durante el resto de su vida: una fue la agonía de las subidas, las bajadas, los giros, los gritos, las lágrimas y los vómitos; otra fue darse cuenta de que sus padres se sentían decepcionados por su comportamiento. Intentó no pensar en ello, concentrarse en el descenso. Entonces, inesperadamente, el descenso se detuvo.

—Lo sabía —gimió Arthur.

Estaba atrapado en una incómoda posición, con los brazos pegados al pecho y las piernas flexionadas, de forma que podía tocarse las rodillas con los codos. Estiró los dedos y acarició su barbilla, pensativo. Aquello no podía terminar así. No debía terminar así. Le quedaba mucho por hacer. Repasó mentalmente la lista que ocultaba en un sobre lacrado en el tercer cajón de la mesilla del despacho. No, este no podía ser el fin. Faltaba su viaje a las Islas Baleares. Y el ascenso que llevaba esperando doce años. Y devolverle a su mujer al menos la cuarta parte de sus infidelidades. Y acudir al entierro de su anciana madre. Y...

Tenía que salir de allí. Arthur estudió con calma la situación. Estaba atrapado en un agujero de gusano a cientos, quizá miles, de metros de la superficie, rodeado de una sustancia repugnante que latía con vida propia y le recordaba al plástico fundido. Sin duda las había visto peores. Esto no era nada comparado con la cena de Acción de Gracias.

—Bueno, Arthur, piensa, y quizá seas capaz de salir de esta madriguera... —susurró en voz baja.

Balancé su cuerpo a un lado y a otro. Aquella sustancia se amoldó a sus movimientos sin protestar y después recuperó su posición original.

—Bien —pensó Arthur en voz alta—, esto es interesante.

Intentó estirar las piernas, pero el material se tensó impidiéndole el aventurado movimiento. Agitó los brazos, pero lo único que consiguió fue desplazar unos centímetros las paredes que le aprisionaban, hasta que le fallaron las fuerzas y retornaron a su estado habitual.

—Por lo que veo no es este el camino a seguir —se dijo, y estornudó.

Al principio su estornudo le resultó algo anecdótico, inconcebible en una situación de extrema tensión como la suya. Después pensó que era ridículo estornudar en una situación semejante, rodeado de gelatina negra palpitante. Cuando todo a su alrededor se agitó y se vio proyectado contra la dura superficie del agua desde las alturas, se dijo que después de todo un estornudo siempre tenía su parte positiva.

Emergió de las aguas y sus pulmones, agradecidos, aspiraron todo el aire que pudieron. El cielo nocturno que cubría su cabeza carecía de estrellas. Olas espumosas azotaban su rostro. El mar parecía hervir de excitación. A lo lejos, perdida en el horizonte, avistó una pequeña línea de tierra.

—Que me flagelen si lo entiendo, pero no voy a desperdiciar esta oportunidad.

El mar embravecido se apoderó de su americana y sus zapatos de piel mientras su cuerpo dolorido y magullado se debatía entre las olas. La tierra parecía cada vez más lejana, un débil trazo de tinta verde sobre un fondo negro. Peces de brillantes colores surgieron de las profundidades y nadaron a su lado durante unos instantes. Sus brillantes ojos siguieron su estela con curiosidad, inquietos ante su presencia. Las fuerzas le abandonaron, sintió el sabor amargo del agua salada en la garganta.

—Esto es el fingrlll... —dijo mientras se hundía bajo el agua y, exánime, caía en el profundo pozo de la inconsciencia.

Despertó sobre la arena de la playa. Su sueño había transcurrido en extraños lugares, húmedos y oscuros, donde reptantes criaturas deformes se arrastraban a sus pies susurrando cánticos más antiguos que la humanidad. Un insoportable olor a pescado podrido y podredumbre empapaba su cuerpo y sus ropas. Se incorporó y miró a su alrededor. Pequeñas olas espumosas morían sobre la arena una y otra vez, una y otra vez. Nubes perezosas formaban hermosas figuras en el cielo azul.

—¿Cómo...? —murmuró con voz pastosa.

Tenía un repugnante gusto a sal en la boca. Debía de haber tragado mucha agua antes de llegar a tierra firme. El mar se extendía a su alrededor por todas partes como un mantel de agua. A lo lejos observó una gran mancha negra que no pudo identificar, pero que le provocó un espasmo de aprensión. La mancha se extendía tanto por el mar como por el cielo, como si el manto de la noche caminara por el horizonte.

—Vaya, ya está despierto. Ya era hora.

Al oír la voz a su espalda se volvió, aterrado ante la perspectiva de encontrarse con una horrible visión que le hiciera perder irremisiblemente la cordura. Un hombre delgado, de aspecto enfermizo, con un suave bigote negro algo descuidado y una indefinible sonrisa en su rostro, le hizo señales con la mano para que se acercase. Estaba sentado en una mecedora, con los codos apoyados sobre una desvencijada mesa de madera cuyas patas estaban casi totalmente cubiertas por una espesa capa de moho verde. A su lado un joven de mirada perdida y rostro alargado jugueteaba con un mazo de cartas, extendiéndolas sobre la mesa a modo de solitario.

—¿Dónde... estoy? —dijo Arthur.

El joven alzó el rostro y le miró. Parecía mucho mayor de lo que en realidad era. Habló con voz fría, distante, como si no le perteneciera.

—Más allá de donde moran los hombres, donde fluyen caudalosos los ríos de la locura y criaturas aberrantes yacen sumergidas en la noche eterna...

—Sí, Howie, sí, todo eso ya lo sabemos. Ahórranoslo, ¿vale? —interrumpió el otro hombre—. No creo que le interese a nuestro invitado. Pero acérquese, hombre. Tomemos un trago.

Con delicadeza sirvió un denso líquido ambarino en dos finas copas de cristal y ofreció una a Arthur. Desconsolado, éste se acercó hasta la mesa y tomó la copa entre sus temblorosos dedos.

—No... no entiendo nada. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Y quiénes son ustedes?

—Brillaron las apagadas aguas del lago, y la ciudad del lodo atrajo a su seno a todos aquellos que osaron perturbar su descanso eterno... —susurró Howie hasta que fue interrumpido bruscamente por su compañero.

—Sí, Howie, lo admito. Tienes razón. Pero no es necesario ahogar a nuestro huésped con crípticos detalles. Por cierto, mi nombre es Ed y mi amigo se llama Howie.

—Arthur. Si me permite, me gustaría realizarle una última pregunta. ¿Qué demonios es aquello que se pierde en el horizonte?

Ed lanzó una maliciosa mirada a Howie, pero éste parecía haber perdido interés en la conversación.

—Bueno, podríamos decir que... en el fondo... pues... En fin, ¿Howie?

El otro hombre jugueteaba con la baraja de cartas, formando sobre el tapete de moño una curiosa estructura que Arthur encontró aberrante, pues la geometría de la construcción le pareció anormal y antieclidiana. La mirada del joven de rostro alargado estaba perdida en el infinito, como si sus ojos pudieran ver algo más allá de las cartas amontonadas.

—Una criatura abotargada, de aspecto gomoso, con una cabeza semejante a la de un pulpo cuya cara fuera una masa de gelatinosos tentáculos palpitantes, surgió baboseando y...

—Es suficiente, Howie. De veras. Nos hemos hecho una sutil idea.

Arthur fijó su atención en la pequeña isla. No tendría más de cuarenta metros cuadrados, a juzgar por sus dimensiones. Lo único que se veía era un viejo árbol de grueso tronco rojizo y hojas verdes, una mesa y cuatro sillas. Junto a la mesa, una alacena con varias copas y botellas, y un poco más allá una pequeña estantería repleta de libros antiguos. La mayoría de ellos carecía de tapas y sus hojas amarillentas se deshacían con solo mirarlas.

—Bueno, ¿se apunta o no? —gritó Ed, sirviéndose otra copa.

—¿Apuntarme? ¿A qué? —gimió Arthur.

—A una buena timba, ¿qué si no? Vamos, Howie, tu repartes.

—Pero —dijo Arthur— yo no sé jugar a las cartas.

Ed alcanzó una silla y exhibió su mejor sonrisa.

—No se preocupe por eso, Arthur. Ya aprenderá.

Santiago Eximeno

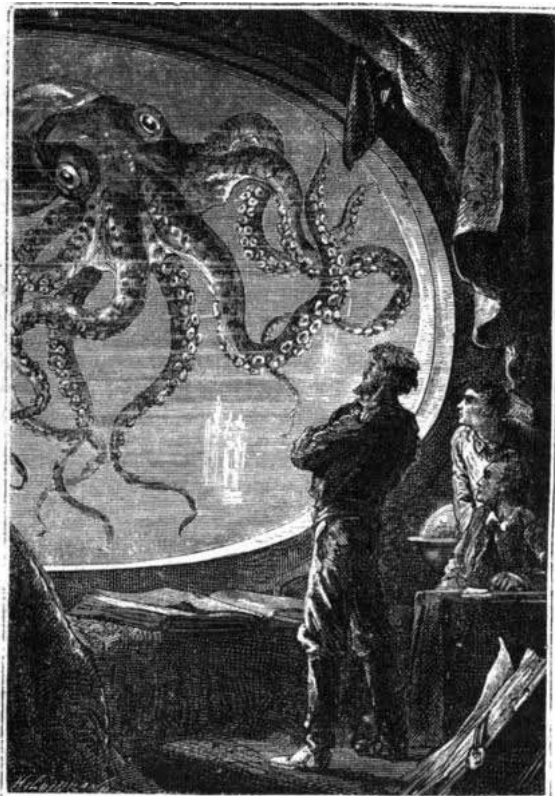
### La llamada de Cthulhu



## Cómo escapar del horror tentacular del kraken literario en ocho apéndices

Como esto de la literatura no es una ciencia, es imposible dar consejos que sean válidos al 100%. Después de todo, lo que es terriblemente tópico puede ser utilizado magistralmente para superar al género, y si no que se lo digan a Polanski. Así que, conscientes de lo absurdo de la tarea, vamos a lanzarnos a dar ocho consignas, como tentáculos tiene el pulpo (o apéndices la piovra, que dirían los italianos) para evitar que nuestro relato se suma en las profundidades abisales de la furrufalla narrativa que nos inunda estos días cual tsunami.

1.- No todos los pulpos terminan en la cazuela: Tu historia es tuya y de nadie más, pero los malos de verdad -como el kraken- suelen terminar derrotados por el héroe. Ten en cuenta que si el lector ya se espera que el pulpo gigante muera, no contarás con el factor sorpresa. Encandíle con el proceso si no quieres dar un giro de tuerca al final del relato.



2.- ¿Quién dijo que el kraken tenía tentáculos? La encarnación del horror abisal ha tenido muchas lecturas a lo largo del tiempo. El pulpo gigante, por sus tentáculos y su tinta, y la ballena, por su mimetismo con las islas, han sido las predilectas, pero eso no tiene por qué imponerse en tu relato. Es importante que tu horror juegue con los mecanismos estéticos que a ti te convengan, o te resulten sugerentes. ¿Cómo se encarna en tu texto el horror de las profundidades?

3.- ¿Y quién que vivía en el fondo del mar? El entorno obvio para el kraken es un relato marinero, pero este horror es una encarnación de un sentimiento popular, y, como tal, no está atado a los límites físicos. Transgredir la frontera, sea como ser onírico o por otro medio más insospechado, es un modo sencillo de salir del corsé estándar de los kraken. Piensa que las profundidades del sueño son un hábitat tan válido para los tentáculos de la criatura como las simas oceánicas.

4.- Malos, buenos y regulares. El kraken, como ser abisal, horrible y sanguinario, tiene todas las papeletas para ser el antagonista, pero el mundo literario es mucho más complejo y rico. ¿Cuántos krakens han tenido la oportunidad de contar su historia? ¿Y cuántos han conseguido emocionar al lector o ganar su empatía?

5.- Por algo lo haría... Incluso el ser más mezquino y nocivo de la creación tiene un motivo -aunque sea ficticio- para hacer lo que hace. El kraken suele presentarse carente de motivaciones (como fuerza de la naturaleza desatada que es), pero eso no quiere decir que no se le pueda otorgar alguna más allá del socorrido castigo divino para los protagonistas.



## El kraken en los videojuegos

Si los Kraken existieran y tuvieran una buena asociación de derechos de imagen, o estarían nadando en la abundancia o habrían dado más de un quebradero de cabeza a las compañías de videojuegos. Especialmente a las que dedican sus esfuerzos a los RPG (Role Playing Games), género donde la figura del Kraken tiene una importancia relevante desde tiempos inmemorables. Si nos paramos a pensarlo, porque seguramente por casualidad no lo habremos hecho, recordaremos toneladas de videojuegos en los que nos hayamos enfrentado contra ésta criatura. Y es que, como es comprensible, su misticismo permite que luchar contra él en un decorado acuático sea algo tan natural como emocionante. Nada como combatir contra un Kraken nervioso y de malas pulgas para aportar frescura y tensión al argumento de un RPG.

Bajo ésta política encontramos usos diversos de la figura del Kraken. En ocasiones los diseñadores simplifican y representan al monstruo tal cual se le conoce

hoy día. Esto ocurre, por ejemplo, en la saga "Shining Force" de Sega, en "Golden Sun" (Nintendo, Game Boy Advance), o en "Fable" (Microsoft, PC). Otras veces se parte del concepto inicial y se lleva éste hacia fronteras más originales. En este caso podemos recordar los humanoides con cabeza de Kraken de "Final Fantasy Tactics" (Square Enix, PSX), el super pulpo volador de "Wonder Boy in Monster Land" (Sega, Master System), o el repleido Tech Kraken de "MegaMan Zero 4" (Capcom, Game Boy Advance). Finalmente, la tercera forma que el Kraken tiene de presentarse en el mundo de los videojuegos es a través de simples referencias que demuestran la importancia de su leyenda. Así recordamos el ataque "Kraken Pressure" de Cervantes de León en "Soul Calibur" (Namco Bandai, Arcade), el monstruo acuático al que nos enfrentamos en "R-Type" (Irem, Arcade), un personaje de fondo en el reciente éxito "Guitar Hero" (Activision, Playstation 2), o una canción del mítico "The Curse of Monkey Island" (LucasArts, PC).

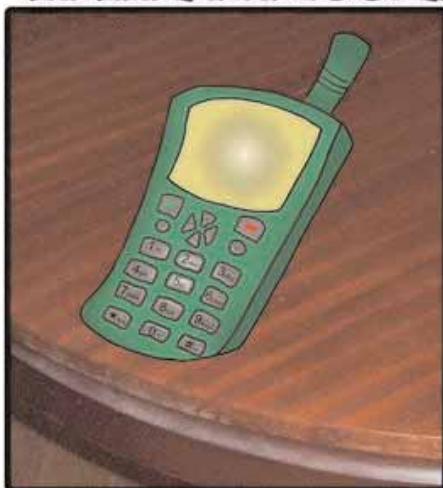


Como se puede apreciar, la influencia del Kraken no sólo afecta al género de los RPG, aunque bien es cierto que es allí donde más se utiliza. En la actualidad es sencillo encontrar videojuegos donde nos crucemos con el Kraken, y nunca nos cansamos de ello. Especialmente porque la criatura da mucho juego a la hora de aumentar el ritmo de la acción. Se trata de un gran monstruo, con poderosos tentáculos, y que puede, sin que nadie se sobresalte, presentarse como el jefe de nivel de alguna pantalla acuática. Aunque si analizamos su trayectoria, lo cierto es que en los últimos años su aparición en videojuegos cada vez es menor. Quizá porque el público quiere cosas nuevas, y tras la aparición del famoso monstruo marino en "Piratas del Caribe: En el Fin del Mundo" los usuarios han perdido interés por la criatura.

No obstante, cuenta con apariciones recientes remarcables. En el exitoso "God of War II (Sony, Playstation 2) nos enfrentamos a él en un impactante combate. También le plantamos cara en "Valkyrie Profile 2: Silmeria" (Square Enix, Playstation 2), la secuela del famoso "Valkyrie Profile" (Square Enix, PSX). Su presencia, además, es constante en algunos MMORPGs (RPGs Online Masivos Multijugador), como "Final Fantasy XI" (Square Enix, PC, Xbox 360, PS2) o "Phantasy Star Online" (Sega, PC). Y no menos importante, el Kraken aportó su granito de arena al universo de Worms con un arma que debutó en "Worms Blast" (Ubisoft, PC, Playstation 2).

Vander Fujisaki

### La llamada de Gchulhu



Gerard F. Cortés

## El gigante del abismo

**"Después, tomando el sebo, como en sacrificio pacífico, lo quemará en el altar sobre las combustiones de Yahvé. Así le exiará el sacerdote por el pecado cometido, y le será perdonado".**

**Levítico 4:35**

1

### AGUAS NEGRAS

**Año de Nuestro Señor 1.308**

En el horizonte, el sol era una rueda de fuego que iluminaba con sus primeros rayos la superficie impávida del océano. Stark contempló la distancia, silencioso sobre la cubierta del barco, e intentó atravesar las tenebrosas espirales de niebla que enrarecían el aire. El alemán vestía sus habituales ropas negras: cota de malla con forma de caperuza, jubón sin adornos, pantalones estrechos, botas de cuero, capa de seda y guanteletes metálicos. De su cinturón colgaba una espada de doble puño envainada en una sencilla funda azabache y un cuchillo: armas suficientes para vencer a cualquier adversario. Stark volvió la cabeza, observó las velas hinchadas por la brisa y percibió que era el único pasajero que había abandonado su camarote. En lo alto del mástil, el vigía cabeceaba en su puesto, medio dormido, después de haber pasado la noche a la intemperie. El mar chocaba contra la quilla, rompía en remolinos espumosos y propagaba su sonido fantasmagórico. Un escalofrío recorrió la columna vertebral del alemán: aquella tranquilidad le daba mala espina, todo estaba demasiado silencioso para su gusto.

Como de costumbre, Stark había sido incapaz de dormir, apenas logró disfrutar de unas horas de descanso antes de que el insomnio lo sacara de la cama. Desde la aniquilación de la Orden del Temple, negras pesadillas velaban sus noches impidiéndole reconciliarse con un pasado que lo asediaba y lo obsesionaba a partes iguales. Deprimido, suspiró y apretó la barandilla hasta que le dolieron los dedos: daría su alma por una noche libre de sueños. A partir de aquel fatídico día, el alemán había recorrido el mundo buscando una cura para aliviar su dolor. Sus viajes erráticos por Europa y la Tierra Santa no le proporcionaron el olvido que necesitaba, su memoria era incapaz de borrar los hechos; cuando sus camaradas perecieron en manos de la Santa Inquisición, su alma quedó mutilada de forma irremisible. Sus tétricos pensamientos lo distanciaron del presente inmediato; nada volvería a ser como antes, aquél era el precio que debía pagar por haber sobrevivido a sus iguales. De pertenecer a un círculo de hombres nobles, rectos y poderosos, Stark se había transformado en un mercenario, frío e individualista, que sólo se preocupaba por conseguir botín. Atrás quedaba el orgullo de los hábitos blancos, los votos formulados en nombre del Señor, la tranquilidad de portar la cruz patteé, las hazañas gloriosas por el bien de la cristiandad, o la fe indestructible que lo caracterizaba. Ahora, cada vez que se miraba en el espejo, el proscrito

que vislumbraba le hacía un nudo en el estómago, le costaba aceptar a aquel individuo impasible, de helados ojos grises, con el que sabía que nunca podría congeniar.

A lo lejos, recortados en el horizonte, los acantilados abruptos del estrecho de Skagerrak eran una masa informe, velados por la bruma pastosa. Wolfgang se inclinó sobre el pasamanos, observó los flecos de algas arrastrados por la corriente y sujetó fuertemente el pomo del acero: las aguas, lúgubres, le habían puesto la carne de gallina. Aterido, ajustó la capa en torno a sus hombros. Una flema se atragantó en su garganta, jamás sería libre de sus pecados. El alemán había escuchado rumores acerca de los templarios que lograron escapar de la traición de Felipe IV, Rey de Francia, alias el "Hermoso", y del papa Clemente V, Padre de la Iglesia Católica. Al parecer, sus compatriotas habían optado por el Sínodo de Maguncia, desafiando a los jueces y a los señores que pretendían encarcelarlos y habían encontrado refugio en los Hospitalarios de San Juan. Una sonrisa amarga llenó sus labios: era un consuelo saber que los supervivientes continuaban con vida en alguna parte, cosa que no paliaba la soledad y el desarraigo que hacían de su existencia un infierno. En más de una ocasión, Stark había pensado en regresar a su país, unirse a sus iguales y rehacer su vida, pero algo en su interior se lo impedía; quedaban demasiadas heridas por sanar, su peregrinación por tierras extrañas no concluiría hasta que el Todopoderoso lo considerara oportuno.

2

## ENIGMAS EN LA OSCURIDAD

De repente, un sonoro chapoteo llegó a sus oídos, arrancándolo de sus reflexiones. Tenso, escrutó el océano con suspicacia, pero sus intentos fueron vanos: el mar no rebelaba ninguna respuesta. Wolfgang cruzó la cubierta con grandes pasos, aproximándose al castillo de proa, dispuesto a examinar las aguas desde otro ángulo. Las líneas imprecisas del barco poseían un aspecto sobrenatural, que le recordaba las marismas de la Camarga, donde meses atrás, mientras huía de París perseguido por los dominicos, fue testigo de espeluznantes sucesos, entre ellos, la aparición del fantasma de su difunto padre, el duque Joseph Stark. ¿Dónde estaría el centinela de babor? Una figura hizo crujir los tablonos del suelo, tomó forma propia y frenó su avance. Stark reconoció la voz del noruego antes de verlo a la luz parpadeante de un brasero.

—¡Qué asco de tiempo! —gruño—. ¡Parece que ha llegado el Fimbulvetr!

Como siempre, el gigante hacía mención a las leyendas populares de su país: algunas supersticiones estaban demasiado arraigadas en la memoria de los hombres como para cambiarlas. El alemán asintió, con la mano cerca de la espada; durante un instante tuvo la impresión de que un demonio lo acechaba en la bruma. La falta de descanso estaba pasando factura a su imaginación.

—Cierto —respondió—. ¿Dónde está el centinela?

—Ni idea, amigo mío.

Harald había salido preparado para la batalla: casco de acero sin visera, malla de gruesas anillas fabricada sobre una camisa de cuero, escudo de madera rematado con placas de

metal y un hacha de doble filo de gran tamaño en su diestra. El alemán no pudo evitar un gesto de admiración: el hombretón, que medía más de seis pies de altura, era una montaña de poderosos músculos; pocos soldados podrían aguantar un arma como aquélla con una sola mano. El noruego enarcó las pobladas cejas.

—¿Qué os sucede? —inquirió—. ¡Estáis más pálido que de costumbre!

Stark sacudió la cabeza, molesto por su desliz: odiaba demostrar sus emociones ante terceros.

—Nada —masculló—. Juraría que he oído algo extraño.

Al escuchar sus palabras, Harald apretó el mango de roble del hacha: un brillo sagaz destelló en sus ojos azules.

—Vos también lo habéis oído, ¿verdad? ¡Pensé que había perdido la razón!

Wolfgang se irguió, alerta, con los nervios tirantes.

—¿A qué os referís?

El gigante resopló:

—Un sonido desveló mi sueño. Parecía que Lucifer arañaba con sus garras el casco de la nave. ¿Me entendéis?

Stark no dio importancia a sus comentarios.

—Tonterías —dijo con desdén—. Habréis tenido una pesadilla.

El hombretón bajó el tono de voz:

—Estas aguas tienen mala fama, amigo mío. Muchos bajeles han tomado esta ruta para no regresar. ¡Nadie volvió a ver a sus tripulantes sobre la faz de la tierra!

El alemán fue pragmático:

—Habrán sido atacados por piratas —comentó—. Antes de partir, en el puerto de Londres, un mercader me contó que los gaélicos estaban asaltando los...

Harald lo interrumpió.

—¡No deberíais prestar crédito a los chismorreos de los comerciantes! —exclamó—. ¡La Serpiente Midgard vigila los bajíos del estrecho de Skagerrak!

Ambos hombres eran diferentes como las caras de una moneda. El noruego, con sus cabellos cerdosos, su barba tupida, sus modales vivaces y su sonrisa de bebedor empedernido, difería del antiguo caballero templario, de pelo rubio albino, rostro pulcramente afeitado, conducta taciturna y expresión de asceta. Harald era producto de una tierra salvaje,

descendiente de tribus guerreras, valeroso e indomable como las mismas colinas que lo engendraron. En cambio, Stark pertenecía a una noble estirpe, era un primogénito que había cedido sus tierras a sus hermanos menores para abrazar la *Beaussant*; el cristianismo, la fe religiosa y la integridad definían su emblema personal. Aunque eran productos de una misma época, no podían ser más distintos. El gigante recordaba a las montañas llenas de nieve, la frondosidad de los bosques inexplorados y la barbarie de un país duro como el pedernal. Wolfgang evocaba a las iglesias dedicadas a Dios, los pergaminos cubiertos de oraciones y la morbosa rectitud de los clérigos.

Una corriente de viento recorrió el navío. Otro chapoteo resonó en la oscuridad. Ambos hombres respingaron. El pánico a lo desconocido llenó sus almas. Stark desenvainó la hoja de un tirón.

—¡El centinela de estribor! —gritó—. ¡Alguien le ha atacado delante de nuestras narices!

De una rápida carrera, traspasaron la cubierta, rodearon el palo mayor y llegaron al otro costado de la nave: no quedaba rastro alguno del marinero.

—¡Os lo dije! —susurró el hombretón—. ¡Estas aguas son el coto de caza del Jörmundgander!

Wolfgang lanzó una imprecación.

—¡Cerrad la boca! —bramó—. ¡Despertaríais a los muertos con vuestra cháchara!

Un chillido horripilante sonó en el castillo de popa. El terror ascendió por la columna vertebral del alemán como una ráfaga helada. Harald se santiguó con expresión sobrecogida.

—Protégeme del mal que pueda atacarme, Señor —rogó—. Prometo ser un buen cristiano...

Stark no tenía tiempo de escuchar sus súplicas. Echó a correr hacia la parte trasera del barco, con la espada por delante, sin esperar a su compañero. A mitad de camino, una silueta borrosa chocó contra su cuerpo e inquirió de modo desagradable:

—¿Qué demonios pasa? —Era el segundo de abordó—. ¿Quién nos asalta?

De un empujón, el alemán apartó al hombre y lo derribó. Acto seguido, sorteó los camarotes, alcanzó la escalera, saltó los travesaños de dos en dos y llegó al otro extremo de la embarcación. Nuevamente, el lugar estaba vacío; el timonel había desaparecido.

—¡Por los clavos de Cristo! —blasfemó—. ¡Esto es cosa del Diablo!

Resoplando, Harald se situó a su lado. Tenía el rostro enrojecido por el esfuerzo: la popa tembló bajo sus pasos.

—¿Qué es ese olor?

Wolfgang se tranquilizó e inspiró una bocanada de aire. Un hedor penetrante y nauseabundo impregnó sus fosas nasales. De inmediato, contuvo la respiración; la fetidez del olor le había revuelto el estómago y sentía ganas de vomitar.

—Es el aliento de Satanás —murmuró—. La pestilencia de las criptas del Infierno ha llegado a la superficie...

Los marineros salían de sus aposentos lanzando maldiciones mientras intentaban averiguar qué era lo que sucedía. En un instante, la cubierta quedó invadida por hombres desarmados, a medio vestir, que se frotaban los ojos hinchados por el sueño. Colérico, el capitán Magnus los apartó, subió las escaleras y se aproximó a ambos. Su voz aguardentosa tronó en el aire:

—¿Por qué habéis dado la voz de alarma? ¡Juro por Dios que colgaré del palo mayor al responsable de este alboroto!

Stark no se molestó en ocultar su furia.

—¡Despertad, necio! —profirió—. ¡Vuestros hombres están cayendo como ratas de agua dulce!

Magnus se quedó sin habla:

—¿Cómo?

Un murmullo asustado se propagó entre la tripulación. El noruego intervino:

—¡Los centinelas y el timonel han desaparecido! ¡Tenemos que salir de aquí antes de que los demonios nos arrastren al abismo!

Expectante, Stark los ignoró y se aproximó a la rueda del timón: una fuerza misteriosa había reventado los ejes dejando extrañas marcas en la madera. Se inclinó sobre el suelo: las uñas del piloto habían horadado los tablones mojados, y un hilo de agua babeante desaparecía en la negrura. Una sensación de irrealidad lo invadió, todo estaba sucediendo con lentitud, el frío aterrador le espesó la sangre en las venas. Temblando, se acercó a la borda: el pasamanos estaba despedazado de parte a parte. Un sonido burbujeante llamó su atención. Wolfgang se detuvo paralizado por el terror. Abajo, en el océano en ebullición, dos grandes globos oculares amarillentos, llenos maldad primigenia, lo miraron desde un descomunal y espantoso cuerpo ameboide...

### 3

## EL GIGANTE DEL ABISMO

Durante un segundo interminable, la visión de los ojos fosforescentes, petrificó los miembros del alemán. Acababa de encontrar la respuesta a sus enigmas; se hallaba ante el mítico Leviatán, una criatura creada por el mismo Satanás que Isaías, los Salmos y Job mencionaron en sus libros. Una descarga de adrenalina bombeó su corazón, reemplazó el horror cervical que amenazaba con enloquecerlo y encendió una llama fanática en su interior: el

Todopoderoso había decidido ponerlo a prueba una vez más. Un enorme tentáculo rompió las aguas, chasqueó como un látigo y ascendió hacia su posición. Sin pensarlo, Stark se arrojó al suelo. El apéndice pasó por encima de su cabeza, avanzó a gran velocidad y se enrolló alrededor de Magnus. Un aullido surgió de los labios del capitán, sus costillas crujieron bajo la terrible presión, antes de desvanecerse en el interior del mar. Harald retrocedió, asustado, barbotando incoherencias.

—¡El Ragnarök ha empezado! —chilló—. ¡Odín ha decidido enfrentarse a Loki!

Los marineros estallaron en un Pandemonium, gritos de pánico desgarraron la niebla, rostros desfigurados se elevaron hacia el cielo e imploraron clemencia Divina. El alemán se incorporó, alzándose sobre la algarabía, controlando la situación.

—¡Armaros aprisa! —espetó—. ¡O Lucifer acabará con nosotros!

El bajel se inclinó hacia atrás, vencido por un peso infernal que desparramó a los hombres sobre la cubierta. Los palos temblaron, las vergas chirriaron, las jarcias se tambalearon y las velas vibraron. Un chasquido retumbó en el aire, el barco se ladeó a la derecha y el mar penetró furiosamente en la sentina: el navío hacía aguas. Stark se volvió, empuñó el acero con ambas manos, pasó a través de las gotas de espuma y se dispuso a enfrentarse a su enemigo. Enfrente, diez apéndices verrugosos, provistos de gruesas ventosas, se extendían en todas las direcciones agarrando la parte trasera del navío. El miedo había desaparecido, Dios guíaba sus actos, estaba preparado para aceptar su destino: escupiría al Diablo en la cara. Un tentáculo osciló, golpeó la mesana y destrozó el mástil por la mitad. Herido de muerte, el palo se inclinó, trazando una curva, aplastando a los tripulantes desprevenidos y abriendo un boquete al aterrizar: huesos rotos, vísceras y pedazos de carne salpicaron la cubierta. El primero de a bordo levantó su lanza y el arma embistió un brazo gelatinoso de la criatura sin producirle daño alguno. Acto seguido, el Kraken levantó al marinero por los aires y lo estampó contra el mascarón de proa: su cuerpo quedó convertido en una masa sanguinolenta irreconocible. El noruego levantó el escudo, pero los ganchos que coronaban las ventosas del Kraken lo desbarataron arrancándoselo del brazo. Harald dominó el dolor de la piel lacerada y su hacha se clavó en un tentáculo, el cual esparció un chorro de sangre negra. Otro apéndice relampagueó y acometió contra el alemán. Wolfgang saltó a la izquierda, evitó la extremidad y descargó el arma con todas sus fuerzas: un tentáculo cercenado serpenteó ante sus pies. La criatura lo arrojó contra la rueda del timón: el impacto recorrió su anatomía como un martillazo. Magullado, Stark se levantó a duras penas. De un rápido vistazo, comprobó el destino de sus camaradas; no quedaba otra opción que abandonar el barco moribundo.

—¡Huid! —bramó—. ¡La nave está perdida!

Un tentáculo lo rodeó. El alemán se quedó sin aire en los pulmones, las anillas de la caperuza se hundieron sobre su carne. El demonio lo levantó a peso, Stark pataleó, emitió blasfemias e intentó atravesar el brazo con su espada, pero la presa era imposible de romper. El hálito vomitivo del Kraken embargó sus sentidos, chispas carmesíes bailaron delante de sus ojos, la negrura se abalanzó sobre su persona: estaba cerca de perder el conocimiento. Su visión entrevió una boca umbrosa como la entrada del Infierno, circundada por colmillos mellados, que abría las mandíbulas preparada para devorarlo. Bruscamente, la extremidad cedió y el alemán rebotó contra el suelo: el noruego le había salvado la vida. Con el rostro

cubierto de sangre, Wolfgang se quitó el apéndice de encima; la caída había abierto una brecha en su frente. El bajel seguía ladeándose, remolinos blancuzcos salpicaron la cubierta, el vigía resbaló del mastelerillo, agitó los brazos y se abrió el cráneo contra el cuarto de los camarotes: sus sesos saltaron como una lluvia roja. Desesperado, Harald combatía contra la bestia. Un tentáculo lo impelió hacia la barandilla, y el choque quebró su espina dorsal; su exclamación traspasó los tímpanos de Stark. El alemán soslayó un brazo culebreante y cayó de rodillas cerca de su compañero. Una débil sonrisa apareció en los labios del gigante al reconocerlo.

—Todo ha terminado para mí, amigo mío.

Wolfgang no se dio cuenta de que las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Has luchado como un valiente, Harald —musitó—. El Señor te conducirá al Valhalla donde descansan tus antepasados.

El noruego estaba a punto de morir.

—Daré recuerdos a las valkirias de tu parte, Wolf...

No pudo terminar la frase, un estertor escapó de su boca y su cabeza cayó sobre su pecho, exánime. El alemán se puso en pie, iracundo, con una mirada asesina en los ojos: el Kraken pagaría sus crímenes; Jesucristo era testigo de su promesa.

—*Patrem omnipotentem!* —rezó—. *¡Salva nos ab igne inferiori!*

El demonio había aniquilado al noventa por ciento de la tripulación. Los escasos supervivientes, una docena de marineros agotados y cubiertos de heridas, hacían lo imposible para mantener alejados los tentáculos. Stark abandonó la popa, evitó los cadáveres y los aparejos diseminados en todas las direcciones y se unió al estruendo de la refriega.

—¡Arriad los botes! —ordenó— ¡Tenemos que salir de aquí!

Un individuo vencido por el miedo replicó.

—¡Es una locura! ¡No tendríamos ninguna posibilidad!

El alemán le propinó una bofetada.

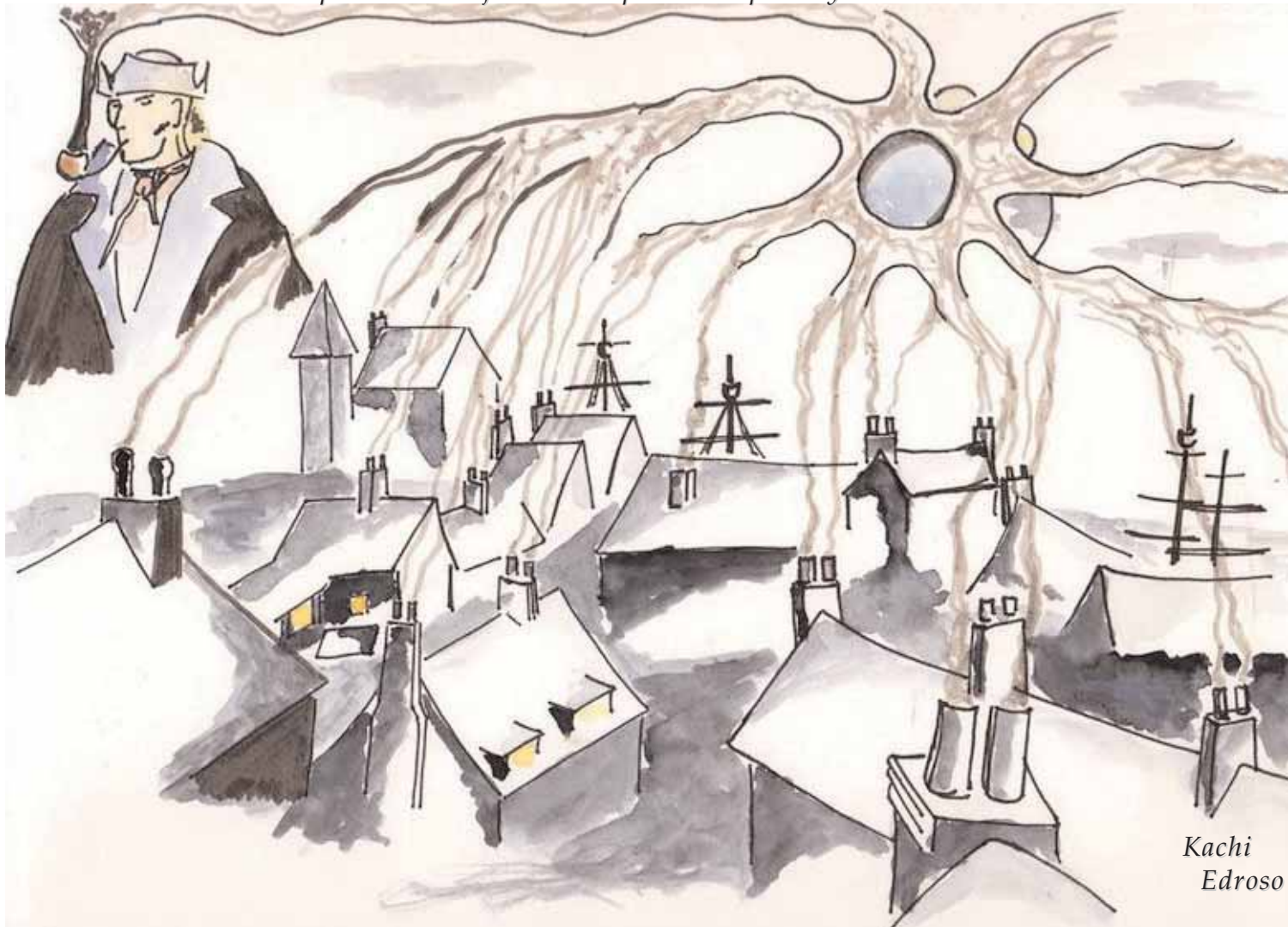
—¡Obedeced! —masculló—. ¡O le arrancaré la piel a quien no me haga caso!

Inesperadamente, los tripulantes se lanzaron sobre los botes, desesperados por salir del barco, con el único objetivo de salvar el pellejo. Stark utilizó el puño del mandoble, rompió varios toneles de brea y esparció su contenido por las planchas destrozadas. De inmediato, agarró un brasero y lo giró sobre su cabeza: los tizones inflamados pasaron del bermellón al blanco. El Kraken subió al navío, dispuesto a terminar su siniestra tarea; su cuerpo luminescente, ancho y robusto, aplastó la madera. Wolfgang era el único pasajero, los marineros lo habían dejado atrás, tal como les había indicado. Su mirada tropezó con la de la criatura. Dentro de los ardientes globos oculares residía un odio que se perdía en los eones del tiem-

po, una malevolencia visceral que superaba el paso de los milenios, un sufrimiento superior al del Ángel Caído ante la gracia del Altísimo. Hipnotizado, el alemán no pudo apartar la vista de su oponente. Una profunda compasión se apoderó de su ser: ambos compartían una carga moral insoportable, eran hermanos unidos por una tragedia común, enfrentados por un destino inmisericorde. Stark lanzó el brasero al castillo de popa, los carbones encendieron la madera y levantaron una muralla de fuego que ocultó al Kraken. Las llamas se propagaron como una exhalación, subieron por el trinquete, inflamaron las velas, asaron las carpas y prendieron la cubierta. A través del resplandor dorado-rojizo, Wolfgang atisbó los movimientos retorcidos del monstruo, que luchaba por volver a las profundidades de donde había emergido con un frenesí impío imposible de soportar. De un brinco, el alemán traspasó la cortina flameante y se arrojó al agua: el peso de la armadura lo impulsó hacia el fondo. Frenético, nadó hacia arriba, incitado por una energía sobrehumana. No pensaba perecer a aquellas alturas del viaje. Antes soportaría el Purgatorio por toda la eternidad. Al salir a la superficie, inspiró una bocanada de aire, aferró un tablón que flotaba en la corriente y se alejó del bajel. Atrás, la bestia agonizante formó un maelstrón, hundiendo consigo la carcasa del navío, y se esfumó en el océano. El sol apartó el manto de niebla y acarició las olas: aún quedaba esperanza. Exhausto, Wolfgang apretó las quijadas y reunió las energías que le restaban: le esperaba un largo camino hasta llegar a tierra...

**Alexis Brito Delgado**

*Hay monstruos de los que no se puede escapar,  
no importa cuán lejano sea el puerto al que huyamos...*



*Kachi  
Edroso*

## El monstruo marino por excelencia, olvidado por el cine

El kraken, ese monstruo marino procedente de la mitología escandinava y finlandesa. Es ese monstruo descrito por los marineros como un pulpo o calamar gigante, de enormes tentáculos. Podríamos decir que hay muchas leyendas acerca de esta criatura marina y que quizás sea el monstruo del mar por excelencia. Ese ser gigantesco que aterroriza a las tripulaciones de los barcos y engulle enormes navíos en sus tentáculos sin fin. Pero, a pesar del interés que despierta este calamar, es raro que, hoy en día, no se haya explotado la figura de esta criatura en el ámbito cinematográfico moderno, aún... Digo aún, porque seguramente, los guionistas no tarden en echarle el guante a cualquier guión que involucre a una criatura asesina del mar o hagan un remake de cualquier película sobre un kraken gigante de los años 30 o de los años 60, como "Veinte Mil leguas de Viaje Submarino" (1916), en la cual se hace una adaptación libre del clásico de Julio Verne y este monstruo ataca a varios acuanautas o "Viaje al Fondo del Mar" (1961) dónde un pulpo gigante ataca a un submarino.

La última vez que vi un Kraken en el cine fue en la trilogía de Piratas del Caribe.

Devorando al ruin Jack Sparrow. Una imagen bastante espectacular cuando el pirata más famoso de los últimos tiempos blande su espada hacia la boca -o supuesta boca- de la criatura. No podía faltar en esta trilogía que recuperó los mitos y leyendas del mar la figura del temido monstruo. Ese género que ha quedado tan olvidado, casi extinguido, y en el que es tan difícil volver a ver como protagonista al pulpo gigante que atemorice a los barcos, porque, al igual que las películas del oeste, las de piratas ya pasaron de moda. O eso se cree.

Es obvio que la trayectoria cinematográfica del pulpo gigante no ha sido demasiado amplia, mientras que, a nivel literario, ha sucedido todo lo contrario. Hay muchos autores que centraron sus obras o le dieron algún papel al kraken, como Alfred Lord Tennyson. Puede que en el amplio mundo de los libros y la imaginación podamos crear una genial película y no haga falta tener que recuperar a este monstruo que, en mi opinión, ha quedado olvidado, relegado al puesto de simple leyenda submarina. Aunque con los grandes efectos especiales de los que hoy en día presumen todas las superproducciones se podría llevar a cabo cualquier viaje a través del océ-



ano infinito en busca de la criatura. Supongo que lo difícil sería llegar a conseguir un guión decente...

Aún así, en algunos espacios televisivos y literarios dedicados a temas de criaturas fantásticas, monstruos y leyendas, el kraken siempre será uno de esos nombres a los que se recurran para atemorizar, siempre será el monstruo marino por excelencia. La criatura que agujereará las grandes naves que intentarán no despertarlo para poder tener una travesía tranquila.

**Myriam Rivas Reyes**

## Victoria pírrica

Recibió la llamada al alba, apenas clareado el cielo por la inminente llegada del sol, y al otro lado del hilo telefónico la voz del científico sonaba una vez más triunfante. Lo citaba para una hora después en una playa cercana, y el poeta, obligado por la sangre a continuar con aquella batalla que siempre estuvo perdida, confirmó la cita.

El espectáculo sobre la arena era sobrecogedor: cientos, miles de personas se congregaban alrededor de aquella inmensa mole de carne varada en la costa. Aquel ser, una especie de octópodo de dimensiones imposibles, se secaba al sol bajo el vuelo de una multitud de gaviotas que lanzaban al aire sus gritos de felicidad y regocijo ante la perspectiva del pantagruélico banquete de carroña que se les ofrecía. A su lado, el científico contenía una carcajada de plena satisfacción. Poco a poco, con la frialdad del cirujano que eviscera el cadáver de un donante, fue desgranando una serie de datos científicos y técnicos que convertían al Kraken, a ese hijo pródigo de la fantasía y la irrealidad, en una simple especie más, en un nombre de raíces latinas que pronto pasaría a formar parte del largo glosario de realidades posibles y catalogadas, de certezas científicas incuestionables.

—Ya te demostré que las estrellas no son ángeles, ni el sol un carro de fuego; que el amor no es nada más que una mera reacción química, y el Kraken una especie abisal que surge de las profundidades sólo cuando ya no es más que un montón de carroña. ¿Sobre qué escribirás cuando el último de tus mitos sea sacado a la luz y desarmado por las herramientas de la ciencia?

El poeta quedó un instante en silencio, aplastado por aquellas palabras y la verdad que tras ellas se escondía.

—Ese día, si llega —dijo al fin—, escribiré una elegía por el científico al que ya no le quedan misterios que investigar.

**Manuel Mije**

## El kraken que anidaba en mis cómics de aventuras

Nuestro monstruo representa, como adelantábamos -cómo si hiciera falta- en el editorial, el horror que inspiran las profundidades ignotas del océano. Es por ello que seguirle el rastro por el mundo del cómic es una tarea tan vasta como inabordable. Al mismo tiempo, sería injusto dejar de lado este medio de expresión, y es por ello que, a falta de que otros colaboradores se animen a escribir sobre el tema, me he lanzado a esta disertación sobre el kraken en el cómic de aventuras.

De aventuras, sí, porque krakens conceptuales o bien concretos (como el de la saga de Las extraordinarias aventuras de Adèle Blanc-Sec, del maestro Tardi, una serie que merecería un número propio dentro de la Biblioteca Fosca por su enfoque) vamos a encontrar unos cuantos; teniendo en cuenta lo amplio que resulta el concepto, a fin de cuentas, y lo oscuro de su origen, no cabía esperar otra cosa. Pero, modestamente, creo que es dentro de este género de aventuras donde el kraken brilla con auténtica fuerza y donde se explota mejor su figura.

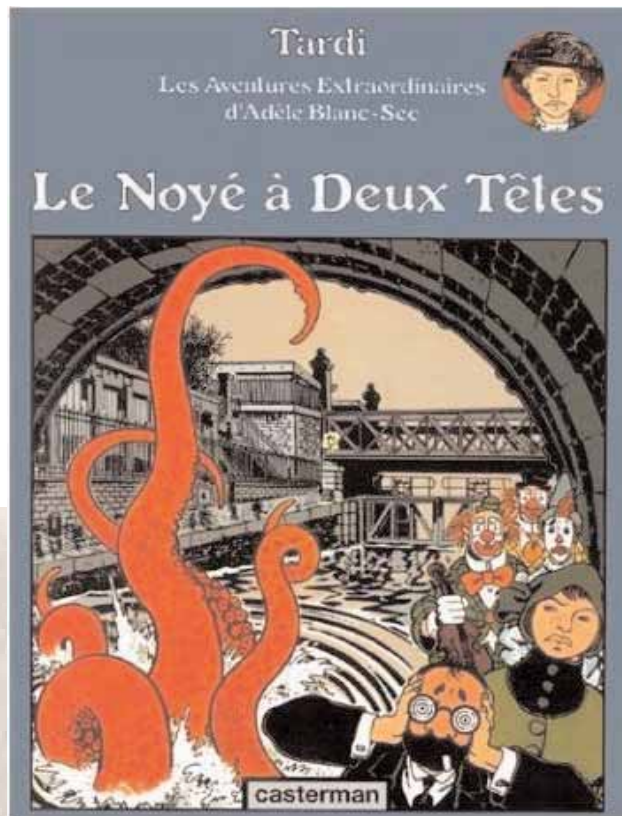
¿Por qué? Dentro de la morbosa atracción del ser humano por las fatalidades y las catástrofes naturales -y el kraken es, en parte, las dos cosas, aunque a veces se le dé forma de ballena y a veces de pulpo o calamar gigante- brilla siempre un detalle que permite tener fe en nuestra especie: parece que lo importante no es imaginarse cuan-

tos modos posibles sean de destruir al prójimo o a nuestra propia civilización, sino de ver cómo el ser humano es capaz de batirse con la adversidad (como Odiseo) y vencerla o caer con el honor propio de los que ponen toda la carne en el asador.

De este modo, la historieta de aventuras se desmarca como la más adecuada para mostrarnos un par de ejemplos de esta lucha contra la naturaleza desatada o el horror del destino que llama a la puerta, encarnados, cómo no, en kraken, o horror ignoto de las profundidades.

En primer lugar, me gustaría nombrar un cómic emblemático: El Príncipe Valiente de Hal Foster. Al comienzo de su andadura, el autor no tuvo problemas en introducir elementos fantásticos dentro de la narración. La cosa tenía su lógica: una historia de caballería en la que prima el realismo termina planteando cuestiones espinosas que acaban por distraer al lector de lo que realmente interesaba a Foster, es decir, la aventura, el honor y el sacrificio. Al mismo tiempo, tengo la impresión de que El Príncipe Valiente nunca tuvo vocación de desfile de criaturas fantásticas.

Es por ello que, finalmente, Foster opta por una solución sorprendentemente acertada. Por un lado, mantiene algunos cánones del mundo imaginario, como la localización en un tiempo brumoso (del cual las



islas Misty serían paradigmáticas) que lo mismo vale para sacar caballeros medievales totalmente pertrechados que una invasión de hunos o la caída del Imperio Romano. Este Camelot no sólo da una flexibilidad muy cómoda al cómic, sino que lo sitúa en un estrato que permite a Foster desarrollar sus historias en la profundidad que desea.

A este respecto no deja de ser interesante cómo los seres mágicos van dando paso, gradualmente, a los conflictos mundanos y los trucos y fuegos de artificio. Es una decisión muy inteligente que ya se adivina al principio de la saga. Si bien en dichos comienzos vimos incluso dinosaurios, pronto los dragones no son otra cosa que cocodrilos de dimensiones extraordinarias; toda una declaración de principios. En este preparo es normal que el kraken tuviera su espacio, sobre todo teniendo en cuenta que el protagonista se sitúa en la tradición escandinava, cuyos marineros -piratas les llamaban otros- fueron grandes avistado-

res de estos seres (¿Quién dijo ballenas cuando eran islas que desaparecían a traición?).

De este modo, cuando Val -el Príncipe Valiente- se ve cara a cara con el kraken, éste no deja de ser un pulpo sobrealimentado y encerrado en un pozo marino, pero sigue siendo igualmente aterrador y muestra de lo que el personaje encarna: el temor a lo que las profundidades del océano pueden depararnos a pesar de nuestro aparente poder sobre la creación y nuestra devoción a la lógica frente a la superstición.

Cabría comentar que el Capitán Trueno, siempre cercano seguidor de la estela de este otro caballero, también tuvo su encuentro con el kraken aunque, no por denostar el patrimonio patrio, sino por agilizar las cosas, pasará directamente a otro gran matador de criaturas de los abismos que sí que nos plantea una visión diferente sobre el monstruo. En este caso se trata de un asunto de nostalgia, y también de reco-



nocimiento a un cómic que puso en el candelero la fantasía heroica en viñetas cuando primaban los supertipos en mallas. Hablo de Conan el bárbaro y su número 12, en el cual el bárbaro destripa (primero de una larga serie) a su primer kraken, cortesía de Barry Smith y Roy Thomas.

¿Por qué tendría un interés particular esta historia dentro de la larga trayectoria de héroes que consiguen conjurar el peligro de las profundidades con el simple sistema de mostrar su valor -o la fuerza de sus biceps? Por un detalle muy inocente que, al mismo tiempo, resulta toda una declaración de principios: Barry Smith dotó a la criatura abisal -en este caso resultado de un sortilegio, y no únicamente ser ignoto de las profundidades- de rasgos cuasihumanos, recurso que termino de apuntalar el guionista/narrador, Roy Thomas, para añadir frases tan escalofriantes como “no concebida [su garganta] para el lenguaje humano”.



Este simple detalle añade un refuerzo extra que ha devenido clásico dentro del género con el paso del tiempo, pero que no es tan obvio como pudiera parecer en una primera instancia: el monstruo que tenemos delante, por horrible y tentacular que sea, bien puede ser el sujeto de nuestra ecuación, el protagonista.

De este modo, Smith y Thomas consiguen algo que se convirtió en tradición dentro de sus primeros cómics -esos mismos que

ahora nos parecen algo inocentes-, y es dotar al monstruo de la historia de aventuras (llámese ésta espada y brujería o fantasía heroica) de una dimensión que lo lleva más allá del simple obstáculo para el héroe, dando una riqueza mucho más amplia tanto a sus propias historias como al género en sí. Y permitiendo, todo sea dicho de paso, lanzar una revista como ésta, que sería mucho más aburrida si sólo hablase de simples obstáculos, ¿no?

Juan Ángel Laguna Edroso



## Con esas cosas no se juega

15 de Enero de 1880

Como era de esperar, todo estuvo listo y en perfecto estado de revista a finales de diciembre; pero aun así la salida se postergó a causa del clima. No fue hasta dos semanas más tarde, y en vista de que el temporal no amainaba, que la fragata británica "El Atlanta" zarpó rumbo a Inglaterra. Bajo ningún pretexto se podía demorar más el retorno.

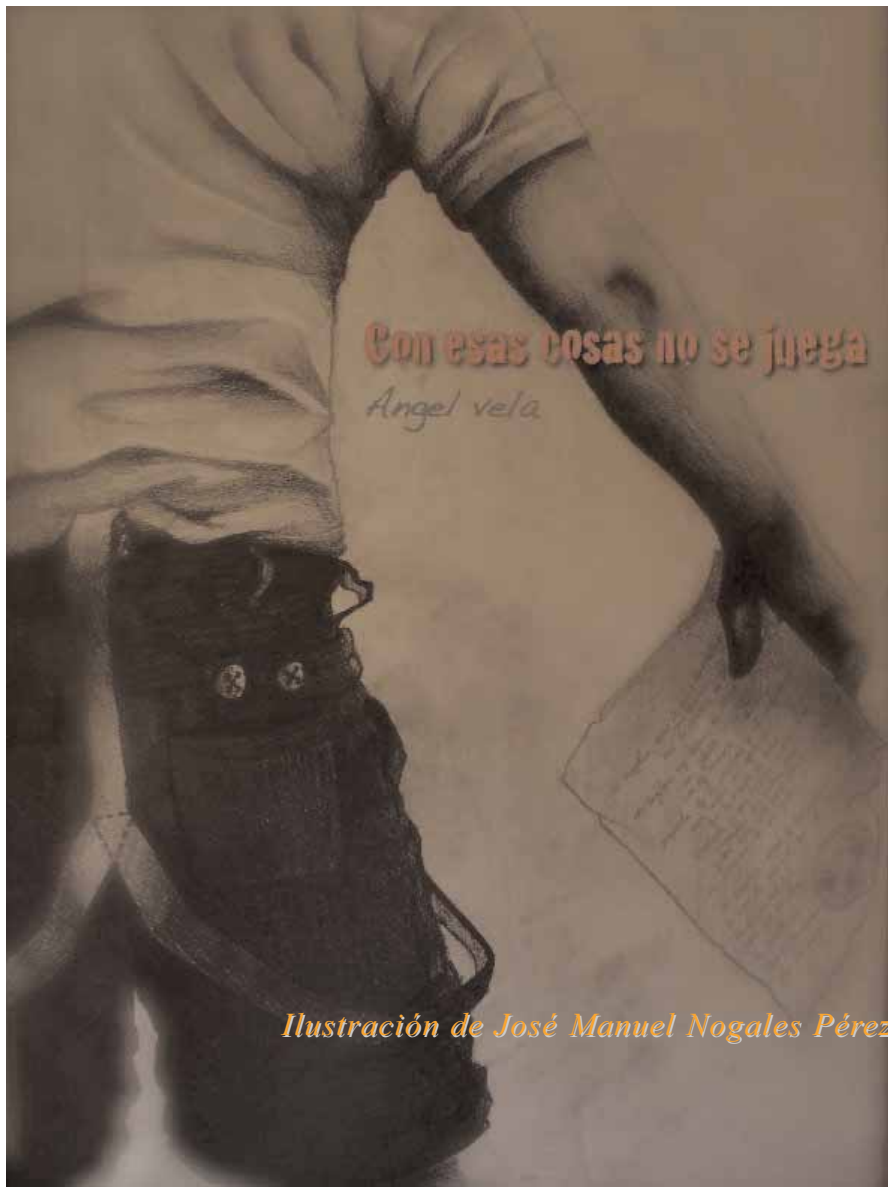
En cualquier caso, y pese a que el tiempo no resultaba propicio para una travesía tan larga, no existía el menor peligro al tratarse de una embarcación de este calado y tan reciente manufactura. A lo sumo se podía esperar que las inclemencias retrasaran en unos días la llegada, o que hicieran el viaje menos agradable; empero las circunstancias especiales impuestas en esta travesía aquél era un barco de la armada, y tales condicionantes carecían de trascendencia.

Era la tarde del quinto día. Una tarde que tocaba a su fin, y en la que el frío empezaba a arreciar. Un sol vigoroso, que durante toda esa jornada estuvo campeando por derramar su luz más allá del rebaño de nubes que se ensombrecían al alejarse o se hacían jirones arrastradas por el viento, se despedía sin perder su fulgor. Y a medida que el astro rey se sumergía en la inmensidad ofrecida por el oceánico horizonte, dejaba sobre él su anaranjado halo.

Al llegar estas horas el trajín en cubierta venía a ser inexistente, puesto que un nutrido número de cadetes bajaba al comedor; algunos para seguir allí con la labor, y otros que tras terminar sus quehaceres arriba, esperaban el turno de la cena. En un barco militar donde viajaban doscientas noventa personas no podía ser de otra manera.

Momentos más tarde, salvo por los puestos en los que era estrictamente necesario dejar a alguien al cargo, la cubierta hubiera quedado vacía de no ser por una parte del reducido elenco de personalidades civiles que, a última hora y acreditados por un salvoconducto del gobernador inglés en Islas Bermudas, habían pasado a formar parte del pasaje.

En una parte habilitada expresamente para ellos, más para que no incomodaran en las tareas de a bordo que por deferencia, la señora Kimbal y la anciana señora Sandler se entre-



*Ilustración de José Manuel Nogales Pérez*

gaban por inercia a cumplir con su cotidiano ritual, ajenas tanto a los que estaban a su cargo como al resto de lo que era externo a su pequeño mundo particular. Ritual conocido, y que se ha practicado en todos los lugares y épocas sin que la raza fuera un condicionante. De esta forma, se cumplía a la perfección lo que era propio que ocurriera al encontrarse dos mujeres ociosas de escasa inteligencia, que además de coincidir en banalidad y absurdidad, no conocían otra forma de afrontar el tedio que hablando.

*El valiente pirata navega en su barco.  
El valiente pirata buscaba un tesoro.  
El valiente pirata de pata de palo.  
El valiente pirata de parche en el ojo.*

Inducido por la inquietud propia de los pocos años, y cansado de mantenerse junto a las faldas de una madre que no le prestaba atención y se mantenía ajena a sus requerimientos, el pequeño Albert tomó a Pupo y se alejó cantando. Pupo era su nuevo juguete, un títere sin hilos que su padre le trajo la semana pasada a la vuelta de una escapada de negocios a México. Un “fantoche”, como allí los llamaban, que representaba la figura de un pirata, al que decidió darle ese nombre basándose en la historia de un pirata francés que así se apellidaba que su padre tuvo a bien contarle unos días antes; uno de esos tan escasos en los que no estaba enfrascado en traducciones y montañas de papeles, y recordaba que tenía una familia.

*El valiente pirata navega en su barco.  
El valiente pirata buscaba un tesoro.  
El valiente pirata de pata de palo.  
El valiente pirata de parche en el ojo.*

Inmerso en un utópico mundo de fantasías y canciones, el pequeño Albert deambulaba por la cubierta de aquel barco de guerra sin contar con la supervisión de un adulto. Una y otra vez repetía aquella estrofa, la única que había conseguido aprender de la canción, la cual se veía interrumpida en ocasiones para interpretar un improvisado teatrillo en el que él, a las órdenes de Pupo, buscaba ese tesoro escondido. A falta de niños que se prestasen a jugar, solo mantenía las conversaciones, alternado la voz cuando tenía que meterse en el papel del valiente pirata, al tiempo que trataba de emular ese deje afrancesado que su padre utilizó para contarle la historia.

*El valiente pirata navega en su barco.  
El valiente pirata buscaba un tesoro.  
El valiente pirata de pata de palo.  
El valiente pirata de parche en el ojo.*

Caminó de un lado a otro durante largo rato, con la cabeza gacha y sin destino cierto, sin prestar atención a los posibles peligros que pudiera haber en su entorno. Sin saber que, escondido en la popa, alguien le esperaba, alguien que, con una perturbadora sonrisa, se mostraba entusiasmado al comprobar que todo salía como él imaginaba. Junto a esta agazapada figura algo se agitaba con viveza dentro de una funda de tela, algo a lo que, para que se quietara, dio un golpe seco con la mano que sostenía el cuchillo.

*El valiente pirata navega en su barco.  
El valiente pirata buscaba un tesoro.*

*El valiente pirata de pata de palo.  
El valiente pirata de parche en el ojo.*

Fue en el instante en que apenas unos pasos los separaban, cuando el asaltante tomó la funda de tela y un papel que había junto a ella y se arrojó con determinación sobre el pequeño Albert, que alzando la vista no pudo más que sentir pavor, ya no tanto por la sorpresa o el cuchillo, como por quien era su portador.

-¡Camina pirata!, y en silencio -lo exhortó su atacante con la fría hoja del cuchillo impuesta sobre su garganta; y así lo hizo. Caminaron escasamente unos metros, para detenerse tras cajas y lonas donde se guardaban útiles de labor. El lugar que previamente había sido acondicionado para llevar a cabo su plan.

Una vez allí, soltó, adrede y con malicia, la funda de tela con aquello que estaba vivo y en su interior se revolvía, y que tras el golpe, si cabe, demostró aún más agitación; y acto seguido pisó con determinación uno de los extremos para afianzarla bajo su pie. El papel que en su mano sostenía pasó a la otra, y al quedar ésta libre arrancó al pequeño Albert de las suyas el títere al que por instinto se aferraba con ambas manos, y que fue a parar con igual violencia a lo alto de una caja cercana. Del bolsillo trasero del pantalón el asaltante extrajo un abrecartas con forma de espada, supuesta replica exacta de la "Tizona" que en su día portara "El Cid", y la clavó con vehemencia en el pecho de Pupo. Al ver esto el pequeño Albert lloró, como si en verdad aquel juguete tuviera una vida y acabara de ser arrebatada. Durante esta sucesión de pasos se mantuvo el silencio y el cuchillo en su garganta, al tiempo que la sonrisa de aquel espíritu, tan dañino como enfermo, se intensificaba cada vez que quedaba de manifiesto el dolor, la humillación y la impotencia, de aquella escogida víctima.

-Ahora estás solo. Tu amigo está muerto. ¿Qué vas a hacer ahora, pirata? -preguntó el asaltante mientras se deleitaba al deslizar el cuchillo por el cuello, por el rostro, y terminar dejándolo suspendido cerca de uno de sus ojos.

-¿No respondes, valiente? -añadió apremiante.

-Déjame, Arthur, por favor -se limitó a suplicar con voz trémula y apocada.

-¿Arthur?, yo no me llamo Arthur. Arthur ha dejado de existir. Yo soy Alhum. Soy el enviado de Shayrlur para abrir la puerta. -Pese a la consternación que lo poseía en ese instante, tales palabras sembraron el desconcierto, y el que supuestamente había dejado de ser Arthur adquirió, sin perder la sonrisa, cierto grado de circunspección.

-Tenemos que empezar antes de que sea de noche, ¡levanta esa tela! -le ordenó con el cuchillo ya alejado de su rostro. Y eso hizo, para dejar al descubierto unos extraños dibujos pintados en el suelo.

-¡Ponte de rodillas dentro del círculo!

-¿Por qué, Arthur? -preguntó con temor, llorando a lágrima viva.

-Te he dicho que Arthur está muerto, igual que Pupo; yo los maté a los dos -confesó con seriedad, clavándole con maliciosa supremacía el intenso verdor de su mirada?. ¡De rodi-

llas! -volvió a ordenar al tiempo que mordiéndose el labio de rabia hacía ademán de apuñalarlo.

Tras tan categórica amenaza, el pequeño Albert se arrodilló en el círculo con la cabeza gacha, y así, mostrando una infinita sumisión, permaneció hasta que no buscando más que su interés el asaltante le golpeó en la cabeza.

-¡Sostén esto! -impuso su agresor, tendiéndole aquella hoja de papel. Le pedía, en resúmenes cuentas, que hiciera las veces de atril. Y así lo hizo.

-Ahora no hagas ruido y sostenlo bien. Como algo salga mal por tu culpa, te mataré a ti también. -Dicho esto, pegó una patada, a modo de comprobación, a la funda de tela que había dejado de moverse desde hacía un rato. Y al ver que su prisionero se revolvía, asintió en señal de conformidad.

Despacito, con voz grave, y otorgando al momento acusados tintes de teatralidad, comenzó el ritual.

*¡Oh, Shayrlur, señor de las profundidades abisales escucha mi llamada!  
¡Por la marca de Ahyair!  
¡Oh, Shayrlur, soy Alhum, tu siervo! El que pretende traerte un glorioso despertar.  
¡Por la marca de Nirdalf!  
Despierta, ¡te lo imploro!, de ese sueño ancestral para recibir mi ofrenda.  
¡Por la marca de Kehok!  
Despierta, ¡y que la mar se embravezca!  
¡Muestra tu poder Shayrlur!  
y que esta vida que te ofrezco no sea más que la primera de un festín de almas.*

Mientras el ritual de llamada era pronunciado, el cuchillo cortaba con vehemencia el aire sobre la cabeza del pequeño Albert, dibujando formas cada vez que aludía a una nueva marca.

Llegado a este punto se agachó, y tras tantear, tomó a la anónima criatura confinada en la funda por la cabeza y la levantó del suelo. El cuerpo de ésta continuó agitándose. Acto seguido, hizo una incisión en la funda con la punta del cuchillo e introdujo su hoja al tiempo que las palabras volvían a ser pronunciadas.

*¡Oh, Shayrlur, señor de las profundidades abisales!  
He aquí la sangre que sobre las marcas ha de ser vertida  
para que se abra la puerta, y tomes conciencia de mi ruego.*

Cuando dichas palabras fueron pronunciadas, sesgó con enérgica resolución la garganta del ser confinado; y su sangre brotó sin medida empapando la funda, que hubo de ser sostenida sobre cada una de las marcas para que el hilo de sangre que de ésta brotaba las ungiera. Con esto último el ritual de aquel improvisado invocador debería darse por concluido, pero éste creyó que aún no era suficiente, y llevado por el deleite que la situación proporcionaba, puso la funda sobre el pequeño Albert para que la cálida sangre del cadáver se derramara sobre él. Pese a mantener la sumisión, el pequeño Albert acogió la sangre con un acusado escalofrío, intensificándose el temblor que había nacido en el momento que lo vio surgir tras aquellas cajas. Y fue justo después de ser ungido con ella, que ésta, y la

que se derramó sobre las marcas, se mezcló con el igualmente cálido orín que empapaba el pantalón del niño. Al ver aquello, el placer del agresor alcanzó unas cotas hasta entonces desconocidas, y en mitad de dicho deleite vino a su cabeza la que a su criterio sería la mejor manera de poner un broche a esta situación. De esta forma, y manteniéndose tan ajeno a las consecuencias que acarrearían sus actos como desde el principio, decidió ponerla en práctica.

Confinado aún en su mortaja carmesí el cadáver fue arrojado por la borda, y al quedar la mano liberada de su carga, tomó al pequeño Albert de los rubios cabellos que de rojo se teñían, y con voz serena y el cuchillo impuesto sobre su cabeza se dirigió a él.

-Ahora voy a matarte Albert, te va a doler muchísimo.

Al oír la sentencia, emergió de la garganta del pequeño un grito desnaturalizado, y sin más amparo que el temor, luchó todo cuanto sus exiguas fuerzas le permitían por librarse de la presa. Algo que no fue difícil, porque retenerlo no era la intención de su agresor. Tras liberarse, se puso en pie y corrió en busca de la protección de sus padres. De esa madre que seguía donde la dejó, hablando con la anciana señora Sandler, y a la que gritó al verla, pero sus gritos no fueron atendidos. Al llegar a hasta ella se arrojó en su regazo, ensangrentado, tembloroso y llorando a lágrima viva. Y lejos de poder asimilarlo, la señora Kimbal se desmayó.

Algún tiempo después, cuando la señora volvió en sí, examinaron al niño para comprobar que la sangre no era suya, y consiguieron hacerle hablar, buscaron al causante, al tiempo que fueron a reconocer el lugar para disipar la que por entonces estaba llamada a ser la mayor de las inquietudes: saber de quién era la sangre.

Cuando llegaron al sitio donde todo aconteció esa parte de la cubierta estaba húmeda y las marcas se habían borrado, pero no los restos de sangre que empaparon la madera.

No fue fácil encontrar al causante, pero al final apareció; estaba agazapado en el interior de una de las barcas de salvamento cubierto con una lona. Se le llevó al puente de mando, ante la señora Kimbal y el capitán de la fragata.

Apenas los vio entrar, la señora, Kimbal, se abalanzó sobre él, y aferrándolo de los hombros le gritó fuera de sí:

-¡Arthur Kimbal III, eres un demonio! ¡Un demonio! ¿Me oyes? ¿Por qué haces estas cosas? Quieres matar a tu madre de un disgusto, ¿verdad? ¿VERDAD?

Las reprimendas continuaron hasta que el capitán medió para calmar los ánimos, y poder tratar el delicado asunto de la sangre. Mientras la madre permanecía aparte llorando desconsoladamente y lanzando lamentos y quejas que no hacían más que interrumpir, el capitán interrogó al muchacho, al que escasos instantes después devolvió a su madre, y cuya confesión le sorprendió, al tiempo que hubo de concederle cierto alivio cuando supo de quién era la sangre.

Aclarado ese punto, todo lo demás pasaba a ser un conflicto meramente familiar, y una vez estuvieron fuera del puente de mando, la madre prosiguió con la reprimenda hasta dictar sentencia.

-¿Cuántas veces te hemos dicho que te portes bien? ¿Cuántas, que con los papeles de papá no se juega? Que sepas que vas a estar castigado el resto del viaje, y en cuanto tu padre termine de trabajar se lo voy a contar todo.

Lo que la madre no sabía, y el padre averiguó de las explicaciones, es que aquellos papeles no eran como el resto, que el texto que copió para efectuar aquel ritual estaba sacado íntegramente de un libro arcano que bajo llave él tenía escondido. Libro que el joven Arthur vería ocultar junto con la llave, que se dedicó a curiosear y terminó copiando en ausencia del padre para gastar una macabra broma a su hermano. Una broma que, por otro lado y conociendo la naturaleza de los textos, no atribuía a su hijo. Mientras encajaba cada una de las piezas que pudo ir extrayendo de aquella extensa charla preñada de banalidades, tomaba consciencia de la gravedad del asunto. Y de este modo continuó, hasta que supo con exactitud qué pasaje fue copiado. Al tomar pleno conocimiento de este suceso las barreras de la razón se rompieron. Su voluntad se quebró, y una mueca demencial se dibujó en su rostro. Y hablando para sí, como si le fuera concedida una revelación, salieron de sus labios las últimas palabras.

-Nos ha matado a todos -se limitó a decir antes de que brotara de él la risa, una risa convulsa y espasmódica, una risa insana, que lo poseyó hasta tornarse algo agónico, una risa, que representaba la inexorable pérdida de su cordura.

Continuó riéndose sin pausa, preso de aquella risa que su asustada mujer trató de atajar. Para sacarlo de aquel estado le gritó, lo zarandeó, e incluso lo abofeteó en varias ocasiones, pero nada lo desligaba de aquella maldita risa. Con el pasar de los minutos empezó a enrojecer, se asfixiaba, sus ojos se llenaron de lágrimas, y alterándose con la risa y la tos, se revelaron las claras muestras de un acusado dolor interno, cuya ubicación se hacía visible al posar ambas manos con desesperación sobre la zona afectada. Aquel tormento se prolongó durante veinticinco minutos, momento en el que murió a consecuencia de un ataque cardíaco.

A la mañana siguiente, la viuda del señor Kimbal seguía llorando su pena, y su hijo, Arthur III, trataba de consolarla como buenamente podía. Aparte, sentado en el suelo con Pupo en las manos, estaba el pequeño Albert escrutando la hendidura que el abrecartas dejó en el pecho del pirata al tiempo que lanzaba fugaces miradas al cuerpo sin vida de su padre. Ambos están muertos pensaba.

En una habitación próxima, la doncella de la señora Kimball buscaba una funda de almohada que no encontraría. En otro lugar del barco, deambulando sin descanso, la anciana señora Sandler busca desesperadamente a Cloe, su gata Maine Coon, compañera inseparable durante estos últimos años, sin que nadie se atreviera a decirle lo que había sido de ella. Y en lo más alto, en el puente de mando, el capitán repasaba contrariado las cartas de navegación, comprobando una y otra vez las coordenadas con cuantos instrumentos de medición tenía en su haber, para que su desconcierto se viera acrecentado tras cada prueba. Había hecho esta ruta centenares de veces; y hasta hoy, no se había topado con aquella pequeña isla de unos dos kilómetros y medio de longitud rodeada de pequeños islotes flotantes.

Un agradable olor inundaba el ambiente de aquella soleada mañana de enero, que estuvo llamada a ser la última para las doscientas noventa almas que iban a bordo de "El Atlanta".

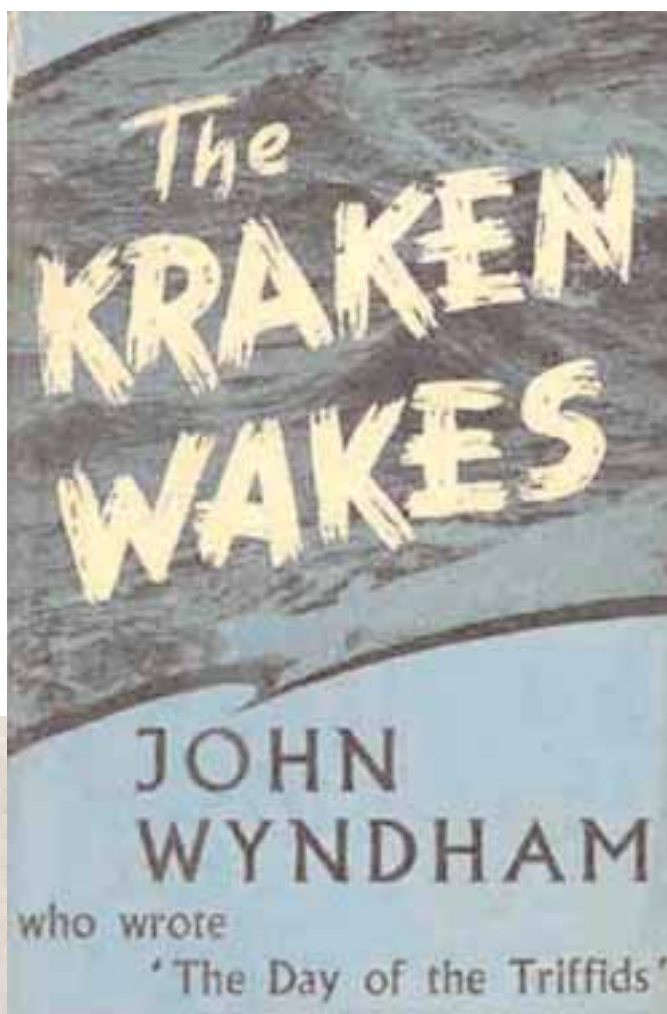
## Aviso a navegantes: Kraken acecha

“The Kraken Wakes” -“Kraken acecha” en la edición española de 1965, la cual, desgraciadamente, está descatalogada- es una magnífica novela de ciencia ficción escrita por John Wyndham, amén de una de las pocas que podemos encontrar con un kraken en su título -las otras dos son “Kraken: atrapados en el abismo”, de Luis Miguel Ariza, e “Hijos del kraken”, de George R.R. Martin-, por lo que hubiera sido inexcusable no dedicarle unas líneas en este número de la revista, aunque kraken al uso aparezca más bien poco en su trama.

Efectivamente, pulpos gigantes en papeles protagónicos no hay, pues la novela va, ni más ni menos, que de una invasión “marciana” -entre comillas porque los alienígenas no son de Marte, aunque sigan encontrándose ecos de Wells, sino de otro planeta que no desvelaremos-. Del mismo modo, las épicas batallas contra monstruos de las profundidades brillan por su ausencia, y todo el aparato bélico desplegado se aborda desde una óptica más bien fría y documental.

No obstante, el kraken como concepto, como horror o amenaza latente en el fondo de los océanos, adopta un protagonismo absoluto, y destila de tal forma a lo largo de la narración que no se puede sino considerar un gran acierto la elección del título

por parte de Wyndham. Sí, el kraken no tiene por qué ser un pulpo, y bien puede ligarse a algo más peregrino, como una invasión marciana. Es más, si se desea, bien se puede encontrar una segunda lectura en el trasfondo de la novela en la que un segundo monstruo, o sombra terrorífica, asola el mundo.



Recordemos que “The Kraken Wakes” se publica por primera vez en 1953. Europa acaba de superar la Segunda Guerra Mundial para sumergirse en la Guerra Fría. De este modo, no es de extrañar que este “segundo kraken” menos aparente haga planear su sombra permanentemente sobre la trama principal. A día de hoy es un elemento tan interesante como lo fue en su debut, aunque por distintos motivos: con la perspectiva del tiempo, hemos perdido de vista cómo se vivió en la época esta

separación por el telón de acero. El enfoque del autor, lúcido y trabajado como en todos los aspectos de la novela, llega a tener un irónico toque de ucronía cuando nos paramos a pensar en la lógica de la reacción de las distintas superpotencias ante la presencia de la amenaza abisal.

Aun así, hay que señalar que “The Kraken Wakes” no mantiene su interés únicamente por este punto anecdótico,

sino por todo su desarrollo. No es un libro de acción, ni adaptado a los cánones de nuestra generación, curada de espanto a través de barbaridades televisivas, pero sí que es una buena novela de ciencia ficción en la que la recreación del escenario se engarza magistralmente con un magnífico retrato social de una pareja de periodistas ingleses y con algunas reflexiones que, sin duda, deberían tenerse más en cuenta incluso a día de hoy, sobre todo cuando escribimos sobre "marcianos" e invasiones.

Desde luego, una lectura que merece la pena, aunque no encaje en la ortodoxia de lo que es, o se supone que es, un kraken que acecha. Esperemos que la reediten en castellano dentro de poco, como han hecho con "El día de los trífidos", del mismo autor. Hasta entonces, seguirá disponible por los mares internáuticos; yo, de hecho, conseguí mi ejemplar por un par de euros, y en versión original de Penguin.

**Juan Ángel Laguna Edroso**

## El kraken

El Kraken ataca a su adversario con furia. Es algo más pequeño que él, pero su exoesqueleto grisáceo no hay quien lo atraviese. Lo cubre con sus tentáculos e intenta aplastarlo, pero no hay manera. Un contrincante duro como una roca, cortante como un coral. Tubular y frío. Invadió su territorio con arrogancia insultante. Apoyándose sobre el limo rocoso para quedarse. Descansando tranquilamente. Quizás estuviese muerto. Puede que sólo durmiendo.

El Kraken comprende que, en ocasiones, una retirada a tiempo es una victoria.

Suelta a su presa y desaparece en un denso, opaco y colosal chorro de tinta.

En la superficie, apoyados contra la barandilla de popa, dos hombres cenicientos observan como el mar se vuelve negro.

Uno mudo, pálido, transpuesto.

El otro burlón, casi feliz, dispuesto a tener la última palabra.

-Así que *son sólo unos hilillos*, ¿eh, Mariano?

**Miguel Puente**

## El kraken: ¿leyenda, realidad oculta, o alucinación psicotrópica?

Ha sido una constante a lo largo de la historia el trato despectivo, pleno de beligerante escepticismo, que se les ha dispensado a los testigos de esa otra verdad que se esconde tras el frágil velo de nuestra realidad cotidiana. A muchos ni siquiera se les escuchó, otros fueron objeto de burla, y también los hubo que fueron directamente ingresados en el centro psiquiátrico más cercano. Tristes precedentes que desde aquí, desde este pequeño pero importante reducto de Crónicas de lo Despatarrante, pensamos resarcir en la medida de nuestras modestas posibilidades dando la palabra a los que, en una sociedad de mentalidad más abierta, serían sin duda ínclitos personajes.

Nuestro entrevistado en esta ocasión es un ciudadano del mundo, aunque nacido en Oslo, llamado Olaff Krieke. También conocido, entre otros muchos apodos, como “el boquerón noruego” o “el chipirón rubio”, este hombre vive lo que es su retiro de la marina mercante afincado en la ciudad de Cádiz. Asiduo de la playa de La Caleta, donde quedó concertada nuestra entrevista, no es difícil distinguirlo entre la multitud de foráneos veraneantes o de autóctonos prejubilados que se pasean, pescan, o simple-

mente toman un baño de sol, sobre las arenas de esta playa. Con sus casi dos metros de altura, su rubicunda melena y barbas y su fuerte constitución, heredera de la de aquellos feroces vikingos que en tiempos sembraron el terror de marinos y costaneros, el señor Krieke abandona la tertulia de pescadores en la que lo encontramos para concedernos esta, esperemos sustanciosa, entrevista.

**Quique Jiménez:** Señor Krieke, es un placer para nosotros poder contar con su testimonio para esta nuestra primera entrega de Crónicas de lo Despatarrante.

**Olaff Krieke:** El placer es mío, por supuesto, y mejor si nos tuteamos y me llamas Olaff, o chipirón, o boquerón, como me suele llamar la gente.

**Q J:** Gracias por la confianza. Antes de entrar en materia, Olaff, nos gustaría que nos ampliaras, que enriquecieras en la medida en que te parezca necesario o interesante, la información que de tu persona tenemos y según la cual naciste en Oslo, hace ya casi sesenta años, y que tras una larga carrera profesional dentro de la marina mercante, debido a ciertos acontecimientos en los que profundizaremos más a lo largo de esta entre-

vista, recalaste y te asentaste en tierras gaditanas, por las que sientes un cariño especial.

**O K:** Sí, soy un enamorado de esta ciudad y de estas costas, y más o menos se podría decir que ésa es mi historia. Luego, claro, siempre se podrían añadir cosas, como los tatuajes que tengo por haber navegado por los siete mares del mundo; que además de tener una novia en cada puerto, como se dice, he estado casado en tres ocasiones; que a pesar de no tener ningún hijo reconocido creo que soy el padre natural de una buena prole de chiquillos, o no tan chiquillos; que actualmente me dedico esporádicamente a la pesca cuando no al cante flamenco, mi mayor pasión...

**Q J:** ¿Cante flamenco?

**O K:** Sí, señor, cante flamenco, o aflamencado, o si se quiere espectáculo flamenco en general. Somos un grupo de cinco amigos que bajo el nombre de El Chipirón Rubio y los Boquerones de la Bahía amenizamos fiestas, recepciones, bautizos, comuniones o lo que nos echen, que para eso estamos.

**Q J:** No conocíamos ese detalle, la verdad. Aunque más nos sorprende que hayas mencionado la pesca

como una de las actividades a las que aún te dedicas, algo que se contradice con las informaciones que de tu persona teníamos y que nos indicaban tu absoluta fobia a todo lo que a adentrarse en el mar se refiere.

**O K:** Bueno, estamos hablando de pesca de bajura, coger una barquita con algunos compañeros y salir a pescar cualquier cosa para venderla aquí mismo en la playa y sacarnos unos euros. Además, que se trata de contadas ocasiones, las pocas veces que se tercia y que soy capaz de vencer a mis terrores y echarme a la mar.

**Q J:** Has hablado de terror, el terror a lo desconocido, ese remanente atávico aún no eliminado por esta sociedad de la razón, sustrato en el que medran la leyenda y el mito...

**O K:** No te entiendo.

**Q J:** No importa, yo sigo. Hablamos de terror atávico, ese que, quién sabe, quizá se active cuando nos topamos con esa otra faz de nuestra realidad, cuando traspasamos el velo de lo cotidiano, cuando la lógica de esta sociedad racional y racionalista se nos queda corta y sólo el miedo en estado puro es capaz de ofrecer una respuesta válida a las circunstancias.

**O K:** Sí, supongo que es lo que tú has dicho, aunque no te he entendido ni papa, la

verdad. El caso es que a veces me olvido de aquella experiencia que viví en su día y soy capaz de adentrarme en la mar. Otras veces, para que veas cómo son las cosas, ni siquiera soy capaz de mirar al horizonte.

**Q J:** Bien, parece que ha llegado el momento de entrar verdaderamente en materia, para que nos narres ese contacto que tuviste con lo desconocido, con lo despatarrante.

**O K:** Sí, claro. Supongo que lo mejor será ponerlo primero en situación. A ver, esto sucedió hará algo así como quince años, cuando yo trabajaba como marino mercante en una embarcación que hacía la ruta del mar Caribe al Báltico. Era una ruta que hacíamos tres veces al año desde hacía unos tres o cuatro, así que nos era perfectamente conocida, una travesía rutinaria. Además, la tripulación se había mantenido fija desde tiempo atrás, así que todos nos conocíamos de sobra, salvo un cocinero jamaicano al que enrolamos por enfermedad de nuestro habitual. El primer tramo del trayecto había pasado, como era de esperar, sin ningún tipo de contratiempo o novedad; incluso íbamos con cierto adelanto respecto a las previsiones. Llegamos por tanto a Canarias un viernes por la mañana, para hacer escala en el puerto de Las Palmas y, como íbamos sobrados de tiempo, en lugar de hacer

una simple parada para repostar y avituallarnos para el segundo tramo del viaje, decidimos pasar allí todo aquel día y aquella noche y salir ya el sábado por la mañana.

**Q J:** Interesante dato, si me permites hacer el inciso. Me dices que los hechos ocurrieron en tierra española, o más concretamente en sus aguas territoriales. Es decir, que se trata de un misterio cercano, de una experiencia que quizá, quién sabe, podría sucederle a alguno de nuestros amigos del misterio, de lo despatarrante, que leen estas líneas y que por proximidad geográfica, pues sabemos que también contamos con una nutrida legión de aficionados en el archipiélago más meridional de nuestra geografía, tienen algún tipo de contacto con esa zona.

**O K:** Sí, supongo. Aunque bueno, creo que lo mejor sería conocer la historia completa antes de nada.

**Q J:** Correcto, mejor ir desgranando todos los detalles hasta conocer las claves de este misterio, hasta llegar a ese final... despatarrante. Continúa.

**O K:** Bien. El caso es que se decidió pasar el día y la noche en la ciudad, para desconectar un poco, ya sabes, y porque bien merecido teníamos el premio llevando el adelanto que llevábamos. El primero que se perdió de

vista fue Wilson, el cocinero jamaicano, que tenía no sé qué negocios pendientes con un pariente suyo de la isla. Yo por mi parte me fui de visita con mi amigo y compatriota Magnus Johanssen, viejo camarada con el que había coincidido en más de una tripulación. Y bueno, la verdad es que lo pasamos muy bien. Durante el día disfrutamos de lo que es la vida en la isla y de la amabilidad de los isleños; una gente maravillosa la de Las Palmas. Estuvimos evitando todo lo que es la zona más turística para empaparnos de verdad de lo que son las gentes y la idiosincrasia de Las Canarias. Y ya cuando llegó la noche... pues fue una noche memorable, la verdad.

**Q J:** La noche, el tiempo de las brujas y los aparecidos, cobijo del misterio y lo desconocido. Una noche canaria que, por cierto, también está plagada de leyendas y casos paranormales, algunos registrados, otros no, pero que están ahí, que han sucedido, y que siempre habrá alguien que los recuerde a través de su memoria personal o de esa otra heredad que se perpetúa a través de la tradición oral.

**O K:** Sí, algo de eso habría, pero yo más bien me refería a disfrutar de la noche como se entiende hoy en día: lo de una novia en cada puerto, las discotecas, beber un poco o mucho, alternar... lo típico.

**Q J:** Ciertamente, sí, te entiendo. Pero no me negarás que el misterio estaba ahí, en esa noche, como en todas las noches, y que, quién sabe, quizá ya se estaba fraguando en esas horas la experiencia que al día siguiente os transportó a ese lado oscuro de la realidad que sólo algunos llegan a conocer y nadie a comprender del todo.

**O K:** No sé, quizá sea como tú dices, pero nosotros no nos enteramos. El caso, siguiendo con mi historia, es que aquella noche pernoctamos en la isla, y ya a la mañana siguiente, cuando por fin toda la tripulación había vuelto al barco, terminamos de arreglarlo todo a bordo y partimos para completar lo que sería la segunda mitad de nuestro trayecto. Salimos del puerto de Las Palmas poco antes del medio día, y durante una hora o dos estuvimos navegando sin mayor novedad. El tiempo era bueno, la mar estaba en calma, y todo a bordo era normal. Casualmente en aquellos momentos yo estaba charlando con Wilson, por conocerlo un poco, ya que hasta entonces no habíamos tenido mucho contacto. Era un tipo especial, recuerdo, muy tranquilo, y propenso a la broma y el buen humor. Fue entonces cuando la vimos aparecer.

**Q J:** Atención, y permíteme que haga el inciso, porque llega el momento de lo paranormal, cuando los

cánones de lo plausible se resquebrajan y el misterio aflora por entre las grietas de la realidad y se hace presente, obligándonos una vez más a olvidarnos de todo aquello que dábamos por cierto y seguro y dejándonos a merced de lo... despaterante.

**O K:** Bueno, no sé, en este caso lo que apareció fue una patrulla de la guardia costera española.

**Q J:** Ah, vaya.

**O K:** Sí. En cuanto los tuvimos a la vista nos hicieron señales para que detuviéramos los motores y pudieran subir a bordo. Y nada, pues nos paramos y los esperamos. Fue curioso, porque en ese momento Wilson, tan tranquilo siempre él, pareció alterarse así de repente y salió disparado para la cocina. Cuando por fin llegaron los guardacostas nos informaron de que había una denuncia por posible tráfico de estupefacientes y que el nombre de nuestra embarcación había sido mencionado por uno de los acusados. Al parecer habían intentado detenernos en el puerto, pero habíamos salido poco antes de que ellos llegaran, y el técnico aún estaba intentando arreglar la radio de a bordo con las piezas que se compraron en la isla, así que no nos habíamos enterado de las llamadas que nos hicieron. En fin, que lo registraron todo, estuvieron haciendo preguntas, y así un

rato porque no estaban muy satisfechos hasta que el capitán les dijo que si querían se quedaran a comer con nosotros, que el cocinero había hecho comida más que de sobra, pero que o presentaban alguna orden de requisita o detención o nos marchábamos ya, porque el barco no se podía quedar allí parado más tiempo. Total, que se fueron. Otra vez volvimos a nuestra rutina habitual, pensando que todo había sido una equivocación y nada más que eso, comimos... y entonces fue cuando llegó eso que tú dices...

**Q J:** Lo despatarrante, lo asombroso, el encuentro con esa otra realidad que, como la cara oculta de la Luna, parece querer guardar los misterios que encierra sólo para unos cuantos elegidos, gente que como tú, por una conjunción de circunstancias aleatorias, o quizá lo que algunos llamarían designio divino, o quién sabe por qué, parecen predestinados a ser testigos de la maravilla.

**O K:** Eso mismo. Yo sólo te puedo contar lo que recuerdo, porque todo fue muy extraño. Pareció como si todos nos pusiéramos enfermos de repente. Al principio fue como una sensación de extrema relajación, una sed insoportable que te dejaba la lengua pegada al paladar, y hambre, mucha hambre, a pesar de que acabábamos de comer. Entonces Magnus se puso como amarillo, con fatiga, y se fue a la

borda a vomitar; el capitán, Wilson y otros no paraban de reírse, por tonterías, y yo también. Más tarde me entró como una obsesión de que Magnus se había caído por la borda y salí corriendo a buscarlo, tambaleándome y tropezándome con todo como si tuviera una cogorza de campeonato. Cuando llegué junto a mi amigo y miré al horizonte fue cuando lo vi. En un principio pensé que era una isla o algo, pero me pareció que se movía, que se acercaba poco a poco, y cuando por fin le vi los tentáculos saliendo del agua, aquella boca enorme toda llena de dientes y aquel ojo inmenso, más grande que nuestro barco, no pude evitar gritar...

**Q J:** Olaff Krieke, un marino veterano, curtido en mil travesías, un lobo de mar en pleno uso de sus facultades, y ahí está el testimonio. Ojo, no hablamos de una historia cualquiera del primero que pasa por la calle, sino de un relato fundado y fiable. El Kraken, la bestia mitológica escandinava, el devorador de barcos y tripulaciones que aterraba a los antiguos, saliendo a la luz cerca de nuestras costas, aquí al lado, como quien dice, en la misma puerta de nuestras casas... rondándonos. Continúa.

**O K:** Bueno, a partir de ahí la locura: yo que no paraba de gritar, Magnus que parecía que se iba a morir, vomitando una baba verde,

otros por ahí tirados riéndose histéricamente, Boris, el mecánico, que pasó corriendo y gritando que le perseguía su suegra...

**Q J:** Fantasmas también, un claro ejemplo de cómo lo paranormal nunca viene solo, de cómo se encadenan los hechos, como si el misterio llamara al misterio en una vorágine de eventos inabarcables por la mente humana...

**O K:** No, el fantasma no sería, porque si no recuerdo mal aquella mujer no debía andar muerta por aquella época. Lo que pasa es que por lo visto la buena señora era una mujer de armas tomar, ex agente del KGB al parecer, y que tenía a Boris más derecho que una vela porque no se fiaba de él ni de su oficio, pasando tantos días fuera de casa. Yo creo que lo que pasó es que estaba obsesionado con aquella mujer y le dio por ahí, porque allí nadie a parte de él vio a la buena señora.

**Q J:** La locura, infundida por el terror, quizá la respuesta irracional cuando nuestras mentes simples se topan precisamente con eso, con lo irracional.

**O K:** Puede ser; o eso o algo parecido, porque ni siquiera yo estoy seguro de haber visto lo que te dije que vi.

**Q J:** Sí, sí que lo viste.

**O K:** Bueno, yo no lo tengo tan claro, pero tampoco vamos a discutir por eso; si tú dices que lo vi, lo vi.

**Q J:** Y qué más.

**O K:** Pues eso, que así como te he dicho fueron pasando las horas, yo no sé cuantas, perdimos el rumbo y todo, y cuando ya nos fuimos recobrando un poco y conseguimos controlar la situación pusimos rumbo al peñón de Gibraltar, que es lo que nos cogía más cerca, y de allí hasta el puerto de aquí de Cádiz. El barco salió de aquí un día después para retomar la travesía pero yo, que aún no me había recuperado de la impresión y el mal momento pasado me quedé y me quedé hasta que fueron pasando los días, los meses... y quince años que llevo aquí, de donde ya no me mueve nadie.

**Q J:** Esos fueron los hechos, hechos que, si nuestras informaciones son correctas, no se han vuelto a repetir pero que han dejado en tu vida esa huella imborrable, esa marca del misterio y lo fantástico que jamás abandona a los que tuvieron la suerte, o la desgracia, quién sabe, de cruzar el velo de la realidad cotidiana y tangible.

**O K:** No, no he vuelto a tener una experiencia como aquella en mi vida; ni querría tampoco, porque la verdad es que en su momento, y aún ahora, me aterroriza.

**Q J:** Impresionante, diría yo, esta experiencia veraz y sincera que has compartido con nosotros. Muchas gracias, Olaff, por habernos servido de guía en esta primera travesía de nuestra barcaza del misterio y lo insólito, en esa búsqueda de verdades, de las verdades de esa otra realidad oculta a nuestros ojos, que son nuestras Crónicas de lo Despatarrante. Muchas gracias, una vez más.

**O K:** Gracias a vosotros.

**Q J:** Y nada más, hasta aquí esta primera entrega de Crónicas de lo Despatarrante. Y no olvidéis que seguiremos aquí, que volveremos, para ofreceros más testimonios y teneros al tanto de esos misterios que sin duda se esconden ahí fuera; estaos atentos.

**Quique Jiménez's  
Crónicas de lo Despatarrante**

## El habitante de la gruta

Los niños del pueblo eran unos ignorantes. Habían descubierto un pulpo atrapado en la gruta de Saint Sulpice y creían que era un monstruo devorador.

El animal había entrado en la cavidad buscando refugio durante una tormenta y se había atiborrado de cangrejos durante días y días. Había crecido tanto con aquel festín que, al final, no podía atravesar de nuevo la abertura que daba al mar. Aun así, no le faltaba alimento: además de las criaturas marinas que entraban en sus dominios, también podía devorar las ofrendas -pajarillos, ardillas y gatitos- que los niños arrojaban a la gruta por una claraboya natural en el techo de la gruta.

Un día, uno de los niños resbaló al interior de la gruta y, antes de que pudiera volver a escalar hasta afuera, el pulpo lo agarró con sus tentáculos. Sus compañeros no se lanzaron a ayudarlo, pues era demasiado grande para que el pulpo lo devorara de inmediato. Efectivamente, el animal tardó horas en acabar con su presa, aunque pronto fue demasiado tarde para que le ayudasen.

Ahora los niños ya no son unos ignorantes; el habitante de la gruta sí que es un monstruo devorador. Han decidido llamarle kraken, y componer alguna canción adecuada por si algún otro niño resbala por el agujero de las ofrendas.

**Juan Ángel Laguna Edroso**

## Una (ligera) incursión en el arte contemporáneo

### Digresión sobre... pulpos, eledones y otros octópodos

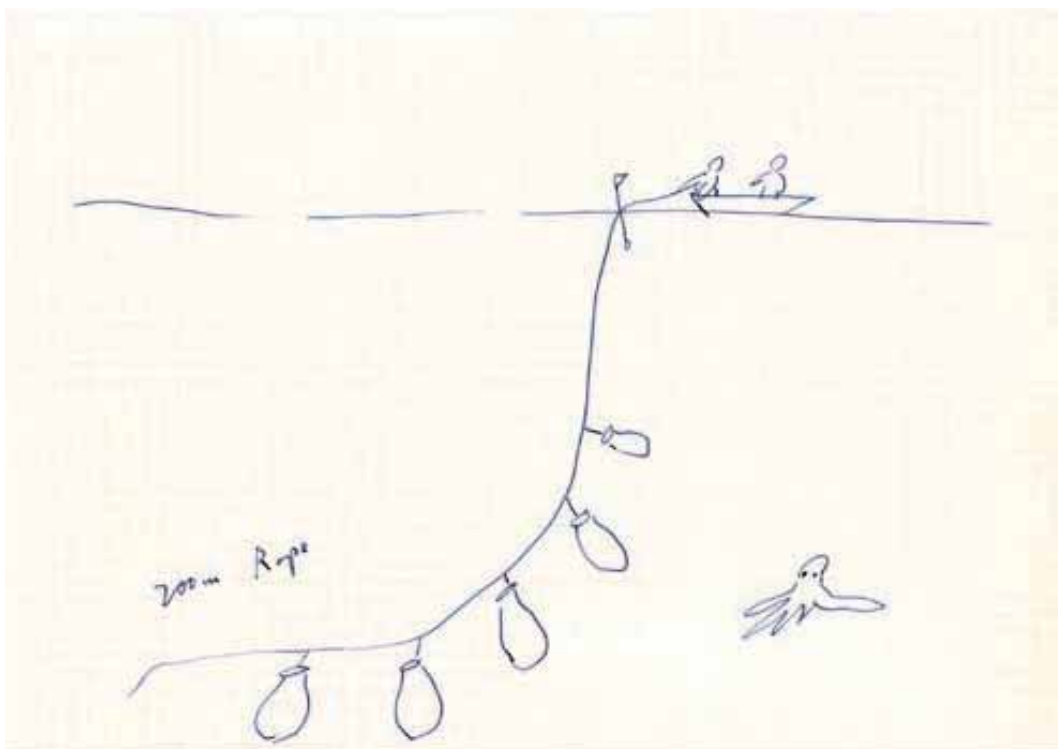
Si bien las primeras representaciones del kraken que servían a ilustrar -o demostrar- la existencia de este monstruo marino a la vez mitológico y popular, descrito en crónicas, historias naturales y relatos de todo tipo, se enmarcaban evidentemente dentro del ámbito del arte, el periodo contemporáneo se muestra más receloso a la hora de brindar el mismo espacio a la criatura. Como la mayor parte de los monstruos y superhéroes, el kraken que acecha en el fondo de los mares y las historias populares y encarna el temor a lo desconocido que anida en lo más profundo del corazón o el alma de todos los hombres, ha dejado de hacer soñar a los artistas; simple cuestión de imaginario o prioridad en un mundo habitado por otros monstruos que no necesitan exhibir sus tentáculos para inspirar distintos grados de angustia, o para interferir en nuestras vidas.

Pero la representación del monstruo sirve también de purgatorio: anclado a una realidad que es la nuestra y a la cual debe,

por lo tanto, pertenecer de una manera u otra, debe seguir una serie de reglas que nos son comunes y pierde, por lo tanto, su lado extraterrestre y (un poco) del terror sobrenatural que inspira. Evidentemente, esto depende de la lectura que hagamos... Al mismo tiempo, el monstruo da la oportunidad al artista de desarrollar toda su imaginación con el fin de crear una imagen genérica universalmente reconocible (y siguiendo una descripción clásica generalmente imprecisa pero muy codificada) matizada con un extra: su toque personal.

Así, con sus largos tentáculos formando arabescos y entrelazándose, los cefalópodos resultan muy seductores gráficamente, aunque al tacto resulten repugnantes y viscosos. Una extraña paradoja, fuente de numerosos sobreentendidos y de guías de lectura fáciles de explotar.

En este contexto, tres obras muy distintas captan nuestra atención. Lejos de resultar amenazante, el dragón se hace ratón: y



es el pulpo quien deviene el juguete de los experimentos más o menos caóticos imaginados por el artista.

En primer lugar, la más literal: el artista Shimabuku (Kobe, Japón, 1969) y sus puestas en escena del animal en contextos más o menos descarriados. Shimabuku reutiliza regularmente desde hace varios años este animal símbolo de su ciudad natal, al que le gusta reencontrar en lugares foráneos tanto como utilizarlo en el marco de *performances* que inmortaliza a través de fotografías y videos. Provoca encuentros insólitos basados en escenarios en los que una gran parte se deja al azar. Con « Catching octopus with self-made ceramic pots » (2003), reintroduce en Italia un sistema tradicional de pesca olvidado y fabrica con un artesano local vasijas de cerámica siguiendo el modelo utilizado en Kobe, las cuales emplaza después en el mar con la ayuda de un pescador. Con « Rencontre entre une pieuvre et un pigeon » (1993-1999), el pulpo espera -en vano- en su pecera a que una paloma baje a verle. Para « Octopus Road Project » (1991), lleva al pulpo de viaje a un glaciar. Más que un terrible kraken, aquí el pulpo se percibe como un animal extraño y fascinante, misterioso e íntimo, que provoca situaciones burlescas o poéticas a través de las cuales el artista intenta vulnerar los límites físicos e imaginarios que nos separan.

Michel François (Saint-Trond, Bélgica, 1956) aborda de un modo brutal y paradójico altamente estético la relación intrínseca entre el pulpo y la tinta, utilizando a la criatura como un tubo de pintura viviente. Con « The Ink of the Octopus » (1995)

revisa una categoría tradicional de la historia del arte sobre un modo « gore »: se trata de una naturaleza muerta, literalmente...

Finalmente, la tercera, la más divertida sin duda: en esta instalación de Alain Séchas (Colombes, Francia, 1955), el pulpo juega al ladrón de guante blanco, Robin Hood al que los múltiples tentáculos facilitan enormemente su tarea de redistribuir las riquezas... Alain Séchas ha conseguido que se le reconozca fácilmente por sus personajes de talla humana realizados en poliéster blanco que parecen haberse esca-

pado directamente de un cómic en el que las personas tienen rostro animal. El más frecuente es el del gato, avatar justiciero o gamberro utilizado por el artista (que se vale de un juego de palabras con su nombre, Séchat, gato) para denunciar las des-



igualdades e injusticias de nuestra sociedad. En « Le cambriolage (La Pieuvre) » (1990), toda la escena aparece reconstruida, como una instantánea de un filme de acción. En el centro, en la sala acorazada materializada en un acuario octogonal, el pulpo, jefe de la banda, distribuye el botín a sus acólitos fantasmas haciendo que los diamantes pasen de mano en mano. El espectador es, además, invitado a deambular en un espacio entorno para que pueda apreciar mejor los detalles de la escena y « formar parte » del atraco. Ningún juicio se realiza sobre la moralidad de la historia, pero la utilización de estos personajes más bien simpáticos la hace rocambolesca y divertida: en fin, nos ponemos más del lado de los « malos ». No se nos revela nada sobre el antes o el después de esta acción que fija para la eternidad (o casi) al

pulpo en su acción ilegal. Pero gracias a sus tentáculos, ésta permite una distribución espacial, un juego de composición entre los distintos elementos y personajes, que capta una instantánea de distintas acciones simultáneas. *Homme mutant en action...*

En su « Histoire naturelle de la Norvège » (Historia natural de Noruega) el teólogo y zoólogo danés Erik Pontoppidan (1698-1764) escribía: « Las islas flotantes son todavía Krakens ». Desde un punto de vista psicoanalítico básico, esta declaración se podría traducir cómo « buscad el monstruo -lo subyacente, el inconsciente, el eso- tras lo visible ». La parte sumergida del iceberg, vaya. Algo en lo que pensar delante de la araña de nueve metros de altura que Louise Bourgeois nos presenta delante del museo Guggenheim de Bilbao que se titula, simplemente, « Maman »... (Mamá)



ejc

## Tensión

Una situación tensa asciende desde el fondo del océano. El viejo barco, anegado de recuerdos, pugna por librarse de ella, pero una gaviota, una bandada de gaviotas, es su aliado.

Y llueve.

La noche no consigue llegar más allá, y todo queda paralizado en una especie de *deja-vu* eterno.

La aguja del reloj marca siempre el mismo segundo, una y otra vez, y otra, y otra... finalmente, el segundo se desgasta de tanto uso, y acaba por desaparecer. Así, finalmente, se acaba el tiempo; todo, por una situación tensa, que tal vez se podría haber resuelto si el valor no nos hubiese fallado en ese mismo momento; si las gaviotas no graznasen sobre el barco su eterno grito de *Tekeli-li!*; si la lluvia se hubiera llevado nuestros recuerdos... Demasiados condicionantes, y muy poca decisión, nos han llevado hasta el final del tiempo, de todos los tiempos.

Las sombras se enroscan sobre sí mismas, mientras todo desaparece en el fondo del mar.

Y sobre nosotros, que seguimos hundiéndonos, sigue resonando el eterno grito de *Tekeli-li!*

J.Javier Arnau

## Amores extraños: informe preliminar

### 1. Exposición previa.

Juan Carlos anunció en el hotel que se marchaba. El conserje se sorprendió. Se alojaba en el mejor hotel de la India. No encontraría ningún alojamiento comparable al que había encontrado. Si algo le disgustaba, sólo tenía que decirlo. Harían todo lo posible para que su huésped se encontrara satisfecho. ¿Eran las sábanas? ¿El desayuno? ¿Le molestaba algún ruido? ¿Alguien se comportó con él de manera impertinente? Juan Carlos explicó que no tenía motivo de queja, pero que, lamentablemente, debía marcharse. Mintió: había surgido una obligación y debía abandonar el país con apremio. Un asunto familiar. Algo leyó en los ojos del conserje, que no le creyó. O fue él el que inventó ese recelo, ya que mentía muy mal.

De cualquier manera, dejó el hotel. Y se sintió libre.

Se detuvo a observar a los *dhobi-ghat*, que se ganaban la vida lavando en la orilla la ropa de otros. La pasaban por jabón, la azotaban y la exhibían encima de las piedras, puesta a secar. Algunas calles, ahogadas por los monzones, transportaban a los habitantes en barquitos. El espectáculo se repetía en otros ríos de ese país por los que había transitado. El Yamuna, el Sindhu, el Shipra, el Gandaki.

Apartó la vista del arco iris de prendas puestas en fila y se adentró en la ciudad. Se alejó del barrio occidental de Vasant Vihar. Allí lo llevaron el primer día. Sus primeras compras las había realizado en un supermercado de Nueva Delhi que en muy poco se diferenciaba de las tiendas de su país. *No he viajado hasta la India para conocer esto*, se dijo entonces.

Caminó hacia uno de los barrios marginales de la capital (moderadamente marginales, no se adentró en las zonas míseras). Se alejó de los chillones taxis amarillos, de los edificios victorianos recibidos en herencia, de los puentes que estaba prohibido fotografiar, de los tipos que mendigaban a los turistas como él —a bastantes de ellos los juzgó menos desesperados de lo que pretendían aparentar, como si al lado de la pobreza evidente coexistiera otra fingida que se alimentara de los paseantes, se le ocurrió—, de los Catai que insistían en llevarle de un lugar a otro.

Deseaba caminar.

A los pocos minutos, se adentró en el barrio silencioso y apartado en el que vivía Nekark. Juan Carlos pasó el día con ella, y también los siguientes, desde el amanecer hasta la noche. ¿Por qué iba a perderse un solo minuto de Nekark? Aunque la podía haber invitado a su hotel, por algún motivo —curiosidad de vivir una experiencia nueva en plenitud, como si el hotel lo atara a una manera de sentir de la que pretendía alejarse; eso argumentó para convencerse— escogió mudarse a la habitación pobre de Nekark.

Nekark compartía el piso con su hermana, que se llamaba Betwa. Betwa andaba por la casa con el torso descubierto. Su físico despertó la curiosidad de Juan Carlos, ya que los muslos de aquella muchacha, firmes, prietos, largos, muy femeninos, contrastaban con el tórax alisado, delgado y levemente musculoso, sin vello y de pechos planos, como el de un jovencito. Sus ojos claros y, sobre todo, sus cuidadas cejas, le daban un atractivo muy per-

sonal. Pero al mirarla, Juan Carlos debía esquivar las mejillas, picadas por unos nódulos de acné que habían dejado algunas cicatrices.

Betwa siempre hablaba con alguien a través de su teléfono móvil. A Juan Carlos le abrumaba el ritmo de citas de Betwa. Él no podría soportarlo, pero ella parecía disfrutar con una vida como esa. Betwa reía constantemente. Con el propio Juan Carlos, con Nekark, con los incontables amigos que se quedaban una o dos horas en la habitación con Betwa, encerrados y riendo, con los mismos hombres que la llamaban por teléfono a todas horas. También cantaba canciones ñoñas. Juan Carlos conocía las letras porque Nekark se las traducía mientras Betwa entonaba: *No eres suficiente para mí, Ojalá estuvieras conmigo, Te esperaré siempre, Eres mi luna, Te entrego mi corazón, Tu manera de caminar, Llama que sepa dónde andas*. Esta última parecía la única apropiada para Betwa y su insistente teléfono. Pero a pesar del tono melancólico de sus canciones, Betwa nunca se ataba. Lo pasaba bien, se desternillaba con los hombres que la buscaban, pero nada traducía una dependencia. Daba la impresión de que si los largaba a todos, reiría con la misma frescura.

Juan Carlos se sintió como un adolescente. Retozaba con Nekark a todas horas. La primera hora de la mañana —aturdido por el bostezo de aquella ciudad singular— se entregaba a un placer sin prisas, aún adormecido, al rozamiento de los muslos, a un murmullo de gemidos. Betwa despertaba y se reía de ellos: *Ya estáis dale que dale, como siempre; desayunad un poco y luego seguís*.

Juan Carlos se abandonó a un estado de felicidad inconsciente. Quedaban aún unos días antes de que la realidad de tener que volver a casa impusiera otro ánimo y sepultara lo que entonces vivía.

Durante uno de esos atardeceres en los que desertó de sus obligaciones —y eso incluía la renuncia a cualquier causa, pensamiento o diversión que hubiera conocido antes— miró hacia el río Yamuna y se preguntó qué tenían en común aquellas aguas y las del Guadalquivir. Nada. Y ese *nada* abarcaba bastante más que la separación geográfica y los distintos mares en los que morían.

Juan Carlos y Nekark practicaron el sexo de varias maneras, pero sobre todo sexo de muslos, y también caricias, manuales y orales. Juan Carlos pudo hacerse algunas preguntas, pero escogió que los labios de ella lo cautivaran. Los labios. El sabor de las golosinas. De los dulces elaborados con raíces de malvavisco. De los botes de cristal atiborrados de bolas de caramelo. De los helados naturales de fruta. De las tortas apestañadas de aceite, de los cortadillos de cidra y de los pestiños con miel. De las tartaletas de pistacho con cardamomo que probó con Nekark. De un tenderete con olor a vainilla y jengibre.

## 2. Se abre el turno de preguntas.

¿Cuándo lo descubrió Juan Carlos?

Durante el concurso. Entonces comprendió por qué alguien tan poco sentimental como Betwa entonaba siempre canciones melosas. Los jueces no sólo puntuaban la belleza, sino también las canciones.

¿Hasta la mañana del concurso de misses no se dio cuenta?

No lo pareció.

Cuesta creerlo.

Pues así fue.

¿Qué ocurrió esa mañana?

Todo empezó con una pelea. Las concursantes convivían en el mismo hotel, y para poder alojarlas a todas, metieron a seis en cada habitación doble. Llegaron desde todos los rincones de la India. Las separaron por alas, en lugar de por plantas: las operadas, a la izquierda; las que no, a la derecha. Juan Carlos acompañó a Nekark y a Betwa a su habitación y oyó el tumulto proveniente del pasillo. Nekark se sentó en una de las camas y se tapó los oídos. No quería intervenir en disputas. Betwa, en cambio, salió al pasillo y se enzarzó en la discusión. Empezaron los empujones y los golpes. Acudió Juan Carlos, que rescató a Betwa del tumulto. Betwa sólo se llevó unos arañazos en los antebrazos y, por fortuna, no le rasgaron el vestido. Se echó a llorar de rabia. Llamó a las otras, a las que no se habían operado, *putos calamares*. El motivo de la pelea, aclaró Betwa, venía de largo. Aquellas que no se habían operado creían tener el mismo derecho a concursar que las que habían sido intervenidas. Como ellas, Betwa y Nekark, hijas de una mujer y de un kraken. Juan Carlos se quedó rígido y Betwa, entonces, lo comprendió: Juan Carlos no se había dado cuenta. A Betwa le dio por reír. Volvieron a la habitación. Nekark le preguntó de qué se reía. Betwa señaló a Juan Carlos, que entró detrás, y dijo que se fijara en la cara de *su hombre*, que él se lo explicaría. Pero Juan Carlos permaneció callado.

¿No le dijo nada a Nekark?

No. Él siguió el concurso de misses en silencio. Nekark llegó a la final, junto a otras nueve participantes, todas hijas de un kraken, todas operadas. El jurado seleccionó con justicia. Las finalistas eran muy bellas. Nekark no ganó, aunque podría haberse llevado el premio. Betwa se quedó en la fiesta, después de la coronación de la ganadora. Juan Carlos quiso volver a casa y Nekark regresó con él. El hombre se quejó de un fuerte dolor de cabeza y aunque pidió volver solo, Nekark no lo consintió. Luego, en casa, ella le aplicó paños fríos en las sienes. Por primera vez en muchos días, se durmieron sin antes hacer el amor ni contarse historias.

¿Cuándo se marchó Juan Carlos?

Al día siguiente, por la tarde. Nekark despertó sola en la cama. Él llegó alrededor de las doce con un telegrama en la mano. Había surgido una urgencia y debía adelantar su marcha, explicó. Como habían prometido volver a encontrarse (antes de que Juan Carlos comprendiera por qué la piel de Nekark cambiaba ligeramente de color según la hora del día, por qué aquel cuerpo era tan flexible, por qué ella expulsaba a veces heces negruzcas) Nekark le dijo que pensaba ahorrar dinero para comprar un billete de avión y devolverle así la visita. Juan Carlos dijo que no, que tal vez se vieran al año siguiente, durante su mes de vacaciones. Nekark lloró. Dijo que no soportaría que estuvieran separados tanto tiempo. Juan Carlos se encogió de hombros. ¿Y cómo iban a resolverlo? Vivían vidas diferentes, separadas por demasiados kilómetros.

¿Qué ocurrió después?

El avión despegó con Juan Carlos dentro.

¿Y Nekark?

Cogió un folleto de viajes a Europa.

¿Y?

El billete de avión era demasiado caro para alguien como ella. Aunque hubiera dispuesto de diez teléfonos móviles como el de Betwa, habría tardado quince años en reunir el precio del billete. Y para entonces, ¿qué? Pues para entonces, nada. Nada de nada.

¿Cómo lo consiguió?

¿El billete?

Sí.

Gracias al premio del concurso y a los ahorros de Betwa.

Pero no ganó el concurso.

Tampoco Betwa le ofreció lo que había reunido de sus clientes. Nekark regresó al hotel esa misma noche. Todo el mundo estaba borracho, y con todo el barullo, pasó desapercibida. Observó, esperó la ocasión y robó el dinero del premio.

A Betwa debería habérselo pedido.

Sí, pero entonces no razonó. Luego lo lamentó, pero no antes; en aquel momento, no. Nekark intentó ponerse en contacto por teléfono con Juan Carlos, pero no lo consiguió. Encontró, gracias a un anuncio, el número de teléfono del lugar en el que él trabajaba, pero él no contestó, o no quiso contestar.

¿Y cogió ella el avión?

Le dio miedo. Un temor injustificado. Había robado el dinero del premio, pero no por eso habían distribuido su foto en los aeropuertos para detenerla, como temió. Nadie había relacionado su desaparición con el robo del dinero. Betwa denunció la desaparición de Nekark y el robo de sus ahorros. Algo ingenua, no se le ocurrió, en ningún momento, que Nekark se hubiera llevado el dinero.

Entonces, ¿nadie buscó a Nekark?

Betwa se preocupó por ella, pero, ¿qué más podía hacer?, se dijo. La policía, no mucho. Betwa siguió buscándose la vida con el móvil. Le urgía más encontrar una compañera de piso para repartir la carga del alquiler.

¿Y Nekark?

Escapó de la ciudad en autobús. Deambuló por poblados marginales durante un tiempo. Y hasta aquí puedo contar. Os dejo con las conjeturas. Alguien, en Pakistán, creyó reconocerla. Y también alguien aseguró que la había visto en una playa, de noche: llamaba a su padre, le pedía que la ayudara a cruzar el mar, que si lo consideraba necesario le devolviera sus diminutos tentáculos, los que le habían extirpado de los genitales, pero que la ayudara, a ella, a una de sus hijas, a una de las que había renegado de él, a una de las que quiso aparentar otra cosa diferente de lo que era. Aunque de esas murmuraciones nunca se sabe. Juan Carlos no ha vuelto a saber de ella. Así que, ¿quién sabe qué le ha sucedido? Tal vez se la tragó el mar. O en algún momento, pudo coger un avión.

¿Un avión?

Uno como el que se llevó a Juan Carlos de la India.

Pero ¿cómo es posible que él no se diera cuenta?

De esos que al despegar hacen: Sssssssszsffzzststs.

**Daniel Pérez Navarro**

## El último viaje del Viejolobo

“Faenábamos por aguas del Cantábrico cuando avistamos aquel extraño islote. No aparecía cartografiado en nuestros mapas, y ninguno había oído jamás hablar de él. Parecía un peñasco sin interés: ni vegetación, ni colinas, ni nada que explorar realmente. Y, aun así, el capitán quiso desembarcar para reclamarlo en nombre de la Corona.

“Hubiera debido escucharnos, pero nuestra desaprobación sólo consiguió irritarle más, y espolearle a continuar con su plan. Desgraciados. En el mar no hay que meterse en aguas desconocidas. Nadie sabe qué ocultan las profundidades abisales.

“En cuanto plantaron la bandera sobre el islote, la muerte reveló su auténtico rostro. ¡Leviatán! ¡Kraken! Poco importaba su nombre al ir devorando, uno tras otro, a nuestros infortunados compañeros. Los que conseguían escapar de sus fauces, morían ahogados en las frías aguas...

“Largamos todas las velas, intentamos alejarnos del monstruo, pero todo fue en vano. Sus tentáculos se aferraron al casco y desgajaron los mástiles. Entonces se entabló una lucha a muerte entre la bestia y el hombre, entre el bien y el mal. Sacando coraje de nuestras plegarias y encomendando nuestras almas al Altísimo, empuñamos arpones y hachas y luchamos con todas nuestras fuerzas.

“¡Ah! Era un espectáculo dantesco ver caer a nuestros hermanos, pero cada gota de sangre derramada nos inspiraba para seguir combatiendo. No sabría decir cuánto tiempo continuó esta batalla, pero al fin, cuando ya en los cielos se apagaba el sol dando paso a las estrellas, el kraken cejó en su empeño de hundirnos y se retiró a las profundidades oceánicas.”

Una risa cascada interrumpió su relato, y el viejo lobo de mar se volvió hacia el impertinente marinero. Éste, conteniendo su risa carente de humor, se recostó contra la viscosa pared estomacal y le espetó:

“Viejo, no sé por qué demonios cambias siempre el final. Estábamos todos allí...”

Y el anciano, avergonzado, sumió la mirada en los jugos gástricos que, a sus pies, inundaban su prisión como el agua sucia de la sentina.

**Juan Ángel Laguna Edroso**

## El kraken insospechado

Se esconden entre nosotros, a pesar de que no nos hayamos dado cuenta, y creo que es un saludable ejercicio echarles un vistazo para que, en próximos números de la Biblioteca Fosca, vosotros, lectores, tengáis menos miedo de enviarnos vuestras colaboraciones ensayísticas o anecdóticas. Es por ello que, desde la redacción de la Biblioteca Fosca, inauguramos estos particulares premios sin remuneración alguna.

Primer premio: Para Úrsula, la Bruja del Mar, la terrible antagonista de nuestra querida sirenita en su versión de Disney. La encarnación del kraken en esta obra va más allá de ese magnífico recurso gráfico de hacer a la mala de la película -nunca mejor dicho- una sirena con cuerpo de pulpo en contraposición a las sirenas pisciformes, ya que ésta representa la esencia propia del monstruo en toda su pureza: la malvada hechicera encarna el misterio ignoto de las profundidades, así como el hambre ávida de atraer seres desdichados o desafortunados a sus dominios para no dejarles escapar jamás. También se contraponen al poder de Neptuno-Tritón-Poseidón, erigiéndose como el mar absoluto, fuerza salvaje de la naturaleza, que se

muestra cual remolino, tifón u otro agitación de los mares que perturba incluso la paz de los navíos ya naufragados.

Segundo premio: Para el Kraken, titán inexistente que hizo nuestras delicias en Furia de Titanes, ese peplum indispensable para todo amante de la fantasía y las películas hechas con tanta devoción que superan las limitaciones de los tiempos (especialmente en materia de efectos especiales). Efectivamente, parece ser que no hay ningún titán que llevara por nombre Kraken ni que habitara en las profundidades del Océano pronto a hacer la puñeta a Perseo, pero hay que reconocer que el monstruo, aunque adolezca de tentáculos tanto como de estirpe, encajaba con creces dentro de lo que es -o debería ser- un kraken: el horror que anida en el fondo del mar dispuesto a perturbar la existencia de los pueblos que basan su desarrollo en la navegación.

Tercer premio: Para Playmobil. Por si hacía falta una prueba de que el kraken sigue vivo como monstruo en el imaginario popular moderno, la compañía de juguetes a la que debo más horas de ocio



del mundo acaba de lanzar en su línea de Piratas un pack en el que tenemos una balsa de naufragos corsarios -que bien se habrán ganado estar ahí a pesar de sus sonrisas- y un pulpo gigante. Se podría ver una maniobra ladina que pretenda utilizar la popularidad del pulpo gigante de Piratas del Caribe, pero hay que recordar que esta marca de juguetes había lanzado ya previamente otros monstruos, como el Nessie de los vikingos -que ya me dirá alguien de qué tirón comercial salen los vikingos- o los nuevos dinosaurios.

Cuarto premio: Para la criatura que habita en los trituradores de residuos de la planta 5, porque ¿quién iba a imaginarse que un kraken vivía dentro de la recién construida Estrella de la Muerte? Bueno, cualquiera que se hubiera dado cuenta de que La Guerra de las Galaxias no va de lógica ni ciencia ficción, sino de aventura y fantasía (bebiendo de los clásicos, claro). Así, no es difícil contestar a la pregunta del millón: ¿qué habita en las profundidades ignotas del rincón más remoto de la Estrella de la Muerte en el que caen nuestros protagonistas? Pues algo tentacular, claro.

Quinto premio: No podían faltar, téome, mis pulpos gigantes preferidos: el de 20.000 Leguas de Viaje Submarino, que era más calamar que otra cosa, el de Moby Dick, que de pulpo también tenía poco, y sí mucho de fuerza maligna de las profundidades pronta a arrastrar tras de sí a todo aquel que se dejase seducir por su canto de sirena -encarnado en Ahab-, y el de Piratas del Caribe, serie de películas caracterizada por una calidad decreciente y una cantidad de guiños insospechados al imaginario popular, algunos totalmente despistados, como el de las piezas de a ocho -que no tienen cañón de por medio- o el de David Jones, que nunca emparentó con el Holandés Errante, como veremos en el número de Barcos Fantasma.

*Si tenéis algún kraken insospechado más, no dudéis en comunicárnoslo. Y si tenéis un diablo insospechado, mandádnoslo también, por favor, para el siguiente número de La Biblioteca Fosca. Entre cuernos, calderas y tridentes, estaremos esperándoos.*

Juan Ángel Laguna Edroso

### La llamada de Gthulhu



Gerard P. Cortés

...¿PUEDES DARMEL TELÉFONO DEL PRIMO DE RAJOV?

## Colaboraciones

La biblioteca fosca está permanentemente abierta a colaboraciones y sugerencias.

Tanto para enviarnos material para publicar, sea un artículo, un miniensayo, una columna de opinión, un relato, una poesía, un cómic, una ilustración o cualquier otra forma de expresión relacionada con alguno de los personajes, como para darnos tu parecer sobre la revista y sugerirnos nuevas líneas o nuevos personajes para los próximos números, tienes a tu disposición al bibliotecario topo, al que podrás localizar en la siguiente dirección de correo electrónico:

topo@abadiaespectral.com

No dudes en escribirnos, seas un erudito o un simple cuentacuentos.

Para más información sobre números pasados o futuros de la biblioteca fosca:

[www.abadiaespectral.com/labibliotecafosca.html](http://www.abadiaespectral.com/labibliotecafosca.html)

